

LOU CARRIGAN

... Y MURIÓ EN LA VIOLENCIA



Lectulandia

Los mejicanos de Boquillas, pueblecito situado junto al Río Grande, conocían muy bien a los gringos. A algunos, por lo menos. A lo que no estaban acostumbrados era a verlos llegar a pie. Casi todos ellos, cuando habían aparecido por Boquillas, montaban un buen caballo. Aquel gringo, no. Aquel gringo llegaba a pie, cargado con una silla de montar y algunas cosas más que se veían sujetas a su silla. Como, por ejemplo, un rifle, unas alforjas, una manta... La pistola la llevaba en la pierna izquierda, muy baja. Debía ser hombre acostumbrado a usarla, y además, seguro que no ignoraba cómo hacerlo bien y en el momento oportuno. La conclusión respecto al forastero no podía ser más fácil: otro “desesperado” que huía de Tejas, creyendo encontrar en Méjico la tranquilidad, la solución a todos los problemas... qué él mismo se había estado creando en la Unión.

Lectulandia

Lou Carrigan

Y murió en la violencia

Bravo oeste - 270

ePub r1.0

Titivillus 17.05.2019

Título original: *Y murió en la violencia*
Lou Carrigan, 1994

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

... Y MURIO EN LA VIOLENCIA

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

Los mejicanos de Boquillas, pueblecito situado junto al Río Grande, conocían muy bien a los gringos. A algunos, por lo menos. A lo que no estaban acostumbrados era a verlos llegar a pie. Casi todos ellos, cuando habían aparecido por Boquillas, montaban un buen caballo.

Aquel gringo, no. Aquel gringo llegaba a pie, cargado con una silla de montar y algunas cosas más que se veían sujetas a su silla. Como, por ejemplo, un rifle, unas alforjas, una manta... La pistola la llevaba en la pierna izquierda, muy baja. Debía ser hombre acostumbrado a usarla, y además, seguro que no ignoraba cómo hacerlo bien y en el momento oportuno. La conclusión respecto al forastero no podía ser más fácil: otro «desesperado» que huía de Tejas, creyendo encontrar en Méjico la tranquilidad, la solución a todos los problemas... qué él mismo se había estado creando en la Unión.

A buen seguro que ninguno de los pacíficos mejicanos de Boquillas se extrañaría si pocas horas o pocos días después pasaba por allá otro hombre preguntando si habían visto a un «americano» de cabellos rubios y ojos azules, con una silla y unas alforjas asá.

Los mejicanos de Boquillas no hicieron demasiado caso al forastero. Todo lo más, Manuel, el amo de la taberna, que estaba en la puerta de ésta, detrás de algunos clientes sentados en el porche, dijo:

—Otro.

El forastero rubio aún estaba un poco lejos, pero pareció oírlo. Se había detenido en el centro de la única calle de Boquillas, blanca y roja, con algunas flores, muy irregular.

Pocos segundos después se detenía ante el porche de la taberna, dejaba caer la silla con cansadísimo gesto y se tocaba el ala del sombrero con dos dedos.

—Buenas tardes, señores.

Se le notaba un horror que era norteamericano, pero el gangoso acento resultaba simpático, y hablaba bien el español.

—Hola —contestó Manuel.

Los demás movieron un poco la cabeza, y eso fue todo. Algunos miraron el revólver, pero se guardaron muy bien de hacerlo de modo que resultase ofensivo, o tan sólo molesto.

—¿Tiene cerveza fresca? —preguntó el forastero.

Manuel movió negativamente la cabeza, y el forastero suspiró.

—¿*Whisky*?

—No, señor.

—Emmm... ¿Tequila?

—Eso sí, señor.

—Entonces, tráigase dos botellas para invitar a mis amigos. Que sea de la buena.

Cuando dijo eso de «amigos» señaló a los mejicanos sentados en el porche. Esto no era corriente. Y todavía lo era menos que un gringo llegase allá para convidar a unos mejicanos. Pero Manuel tenía ya bastantes años de vida en su gruesa barriga, y quería seguir comiendo fríjoles y huevos, de modo que asintió con la cabeza y se fue a por las dos botellas. Además, aquél era un gesto simpático. No del todo, claro, porque el gringo, seguro, pediría luego algo. Vaya que sí.

Manuel salió de la taberna. Le dio las dos botellas al forastero, y éste las pasó a dos de los mejicanos.

—Que den la vuelta.

Se sentó en el porche, estirando las piernas y mirándose los pies como si fuesen culpables de algo.

Cuando le llegó una de las botellas, bebió largamente, sin limpiar el gollete, alzando mucho la cabeza, guiñando los ojos al sol de la tarde.

Después de beber moviendo mucho la nuez, lanzó un resoplido de profunda satisfacción. Y se quedó mirando la fuente de la placita, seca y llena de polvo.

La señaló con la botella.

—¿No hay agua?

—Poca.

—Ah... Bueno, al menos hay tequila. No está mal, de veras... Y me pregunto: ¿por qué no les damos otra vuelta a las botellas?

La idea fue acogida con agrado. Había siete u ocho mejicanos allí, de modo que cuando acabó la segunda vuelta, al forastero le quedaba otro trago, y listo.

—¿Podré comer algo? —preguntó.

—Sí, señor. ¿Ahora?

—Dentro de un rato. Antes, tengo que comprar un caballo. El mío se rompió una...

Se calló de pronto, y se quedó mirando a los mejicanos. Todos le miraban a él entre agradecidos e irónicos.

—Pagaré el caballo, naturalmente —dijo el gringo.

Uno de los mejicanos movió negativamente la cabeza.

—No hay caballos aquí.

—¿No hay caballos? Oh, vamos... ¡En todo el mundo hay caballos!

—Aquí, no, señor.

—Emmm... Lo pagaré bien. Cien dólares.

—No hay caballos, señor. Bueno, hay diez o doce, pero no le servirían a usted.

—Cualquier caballo sirve.

—Si usted monta en uno de esos caballos será totalmente como si fuese a pie, señor. Son buenos, son fuertes para arar, tirar de los carros... Cosas así. Pero no para viajar.

—Yo soy capaz de conseguir cualquier cosa de un caballo.

—Yo le creo, señor. Pero si usted compra uno de esos caballos, y monta en él, se irá de aquí... ¿No?

—Claro.

—Y no irá hacia el Norte.

—No... No iré hacia el Norte.

—Entonces, tendrá que ir hacia el Sur, el Este o el Oeste. Si va hacia el Oeste, ahí están el Llano de los Gigantes y el Llano del Guaje. Si va hacia el Sur, lo mismo. Si va hacia el Este, se encontrará la Sierra del Carmen, y luego la Serranía del Burro. Entonces, el caballo no podrá seguir, se le morirá... Y usted se encontrará a pie en esos sitios.

—¿Y qué?

—Que yo preferiría quedarme en Boquillas, señor. O volver hacia el Norte.

El forastero asintió con la cabeza, como quién se da la razón a sí mismo por algo que había estado pensando. Sin darse cuenta, su mano izquierda se acercó al revólver; quedó sobre la culata, mientras los azules ojos se mostraban reflexivos, hoscos, casi irritados.

De pronto, volvió a hablar. Y la pregunta que hizo fue un poco sorprendente:

—¿Tienen cementerio en el pueblo?

Manuel fue quien tuvo más presencia de ánimo, transcurridos unos segundos.

—Sí, señor; tenemos cementerio.

—Es un bonito cementerio —dijo otro.

—Bien... ¿Me dicen por dónde cae?

—Recto para allá, señor. Está cerca del pueblo.

—¿Cuánto de cerca?

—Como un kilómetro, señor.

—Ah, no... No doy un paso más. No señor, no lo doy. Emmm... ¿Podría ver uno de esos caballos que ustedes tienen?

—Yo puedo enseñarle los dos míos, señor. Vistos éstos, ya los habrá visto usted todos.

—¿Tendré que caminar un kilómetro para verlos?

—No, señor. Yo vivo aquí mesmito, en el pueblo. A pocos pasos...

—Ajá... ¿Qué tal si pedimos un par de botellas más, y nos vamos allá a ver esos caballos?

—Es usted muy generoso, señor. A ver, Manuel, complace al señor.

Manuel trajo otras dos botellas de tequila, y se quedó, mirando al forastero. Éste tardó unos segundos en comprender. Entonces, sonrió, sacó una moneda de veinte dólares nada menos, y la tiró a las manos del tabernero.

—¿Tá güeno, Manuel? —sonrió.

—Tá muy güeno, señor —sonrió también el tabernero—. Le prepararé algo de comer mientras usted va y viene.

—¿Habemos carne?

—Habemos, señor. Poca, pero habemos.

—Pos un trozo así de grande, dos huevos y una cazuela de judías.

Estaba sucio, barbudo, greñado y desaseado en todos los detalles, pero no caía mal. Su boca era grande y simpática, y la mirada de sus azules ojos resultaba amable. Si hubiese sido de otra manera, el grupo de mejicanos habría cerrado herméticamente la boca y las entendederas desde el primer momento. Y en el fondo, todos desearon que aquel chico rubio y mugriento no fuese de los que volvían cruzados en la silla de montar de un hombre que, más pronto o más tarde, pasaría por el pueblito de Boquillas.

Echó a andar junto al mejicano, tras cargar con la silla de montar. Los demás, formando un compacto grupo, fueron detrás, arrastrando los pies.

El grupo pasó silenciosamente, cruzando la placita, como fantasmas diurnos. No se oía ni siquiera el ladrido de un perro, no se veía un solo

caballo, no había niños, ni mujeres... Seguramente, estaban contemplando lo que sucedía en la plaza desde detrás de las ventanas o puertas.

Al otro lado de la placita, y un poco más calle abajo, el mejicano se detuvo junto a un jacal bien construido, de tejado rojo. La puerta era enorme, de madera en dos hojas, y estaban entornadas.

—Pase, señor.

Eran dos caballos resecos, viejos, llenos de moscas, con un aspecto tan cansino, lento y desgano de la vida, que el forastero se sintió casi divertido.

—¿Así son todos los demás?

—Éstos son de los buenos que hay en Boquillas —dijo uno de los acompañantes, que no abandonaba la botella.

—Pues estamos listos, cuates —sonrió filosóficamente el rubio gringo—. Con ese caballo no se llega ni al cementerio.

—Sí, señor... Al cementerio sí se llega. Son fuertes. No corren, pero son fuertes.

—Lo compraré para ir al cementerio. ¿Cuánto?

—Mire, señor... No se ofenda...

—¿No los vende?

—Es que, señor, sin caballos... Comprenda... Tengo un poco de tierra... Los necesito...

—¿Los necesita ahora?

—Pos ahora, señor, creo que no, pero venderlos... A usted no le serviría de nada uno de estos caballos, y a mí, sí... Compréndalo...

—¿Me los alquila?

—¿Alquilarlo?

—Le daré cinco dólares diarios si me deja ese caballo mientras esté aquí. Y dos dólares más por su comida. ¿Está bien?

Enseñó otra moneda de veinte dólares.

—Vaya suerte la tuya, Chaparro —dijo uno de sus amigos.

—Está bien, señor —Chaparro se guardó la moneda—. Puede usted disponer de Lucero.

Se acercó al animal, lo ensilló, montó con un solo movimiento experto, y se quedó mirando a los mejicanos. El caballo permaneció impasible. Pareció que el gringo fuese a picarlo con las espuelas, pero en lugar de eso se inclinó, cogió el ronzal, y dio un suave tirón.

—En marcha, Lucero.

Salieron a la calle, el forastero montado y los demás a pie. Fue entonces cuando, apenas salir al sol, él vio por primera vez a la muchacha. Ella estaba

plantada delante de la puerta, como una estatua, y lo miraba con los ojos muy abiertos. Unos ojos grandísimos, enormes, de un negro espeso, absoluto. Luego, el desastre: tenía la cara sucia, los cabellos despeinados y llenos de pinchos, que se habían enredado allí Dios sabía cuánto tiempo hacía; el vestido estaba roto por varios puntos, los pies, descalzos, aparecían mugrientos.

—¿Quién es? —preguntó el forastero.

—La tonta —dijo uno.

—¿La tonta? ¿Es tonta?

Se oyeron más risas. La muchacha pareció salir entonces de su ensueño. Dejó de mirar al forastero, dio media vuelta, y echó a correr, seguida por las risas de los mejicanos.

—¡Pregunta que si es tonta...! ¡Claro que es tonta, señor!

—¿Pero quién es?

Chaparro encogió los hombros.

—Chihuahua —dijo.

—¿Chihuahua? Pero eso es...

—Ella llegó un día, hace tiempo, y dijo que venía Chihuahua. Ni siquiera sabía su nombre, fijese si es tonta. Y se quedó aquí y la llamamos Chihuahua... ¿Quiere que vayamos ahora al cementerio, o prefiere comer algo antes?

—Iremos primero al cementerio. Y ahora, lo mismo me da que esté a un kilómetro o a dos.

Llegaron diez minutos después.

El forastero miró el cementerio desde lo alto del caballo. Se veían bonitas tumbas, algunas con flores. Había ocho o diez cipreses, y sus sombras resultaban agradables cruzadas sobre algunas de las tumbas, todas ellas con una cruz en la cabecera.

Era un lindo lugar, agradable, tranquilo como ninguno, lleno de sol dorado y rojo.

—Es un hermoso lugar —suspiró el forastero.

—Sí, señor.

—Pero poco concurrido.

—Aquí muere muy poca gente, señor.

Una extraña sonrisa, cuya dureza no captaron los mejicanos, pasó fugazmente por los labios del forastero.

Las cejas del gringo se alzaron un instante. Encogió los hombros, y movió el ronzal.

—Regresamos. Supongo que en el pueblo hay alguien encargado de traer la gente aquí.

-Sí, sí —rió uno de los mejicanos—. El negocio no le va muy bien, pero tenemos un enterrador.

CAPÍTULO II

—Eh, Lyman —llamó Chaparro, riendo—. Tiene visita.

El forastero estaba mirando tres ataúdes que se veían en un rincón. Los mejicanos lo miraban curiosamente, con un cierto interés. A fin de cuentas, el forastero les estaba librando del aburrimiento de aquella tarde.

Cuando oyó el deslizarse de unos pies, el greñudo gringo se volvió, hacia la puerta del fondo, por donde, sin duda, tenía que aparecer el llamado Lyman.

Debía ser aquél, naturalmente.

Un hombre casi alto, de hombros anchos, largos cabellos oscuros pero ya mezclados con abundantes canas en los aladares. Vestía un traje muy remendado, brillante por el uso; en lugar de botas o zapatos, llevaba unas sandalias de cáñamo, iguales a las de los mejicanos. Era casi gracioso: un hombre con chalina negra al cuello y sandalias de cáñamo en los pies.

—Lyman, le hemos traído...

—Largo de aquí —dijo el enterrador—. ¡Largo de aquí todos, piojosos!

—Oiga, Lyman, ya le estamos soportando bastante, y si...

El enterrador dio un par de pasos al frente, cerrando con fuerza los puños, grandes, fuertes.

—¡Largo de aquí, he dicho!

—Lo veremos luego en la taberna, señor —dijo Chaparro—. No queremos armar alboroto en Boquillas.

—Sí —sonrió el gringo—. Ya lo veo, ya...

Quedaron solos el forastero y el enterrador. El primero señaló hacia los ataúdes.

—¿No tiene ninguno mejor que éstos? —preguntó.

—¿Qué es lo que quiere usted? —gruñó el otro.

—Un ataúd. ¿Es usted americano?

—Como todos.

El enterrador se quedó mirando fijamente al rubio greñudo. Por fin, parpadeó, asintió con la cabeza, y dejó la tabla. Su voz fue normal entonces,

casi amable.

—¿Qué es lo que quiere?

—Un ataúd. Pero si sólo tiene esos...

—Sólo.

—Bien... Me quedaré con el mejor. ¿Cuál me aconseja?

—Son iguales los tres.

—Pues entonces, uno cualquiera. ¿Cuánto vale?

—¿Se lo va a llevar? —casi sonrió el enterrador.

—De momento, no —contestó calmadamente el forastero—. Lo dejaré aquí hasta que sea necesario. Si le parece bien, claro.

—¿Por qué no? Es la costumbre... Nadie compra ataúdes para llevarlos de viaje o para tenerlos en casa. Está bien: le reservo ese ataúd. Y ahora...

—Bien... También quisiera comprarle un trozo de terreno. Para una tumba, claro.

—No es necesario comprar el terreno. Cuando uno se muere, lo entierran en el cementerio, y eso es todo. Lo que sobra es sitio.

—Ya me han dicho qué en este pueblo poca gente muere. ¡Qué gran suerte! ¿Verdad?

—Mucha. Mire, no tengo ganas de charla, de modo que...

—¿Hace usted lápidas? —interrumpió el forastero.

—¿Lápidas? Aquí nadie quiere lápidas. Se mueren, se le mete bajo tierra, se pone una cruz, y ya está. Nadie quiere lápidas.

—Yo quiero encargarme una. Se la pagaré por adelantado.

La mirada de Lyman pareció renacer. Los turbios ojos quedaron fijos en el forastero, mientras musitaba:

—Diez dólares. ¿Los tiene?

—Sí. Le daré cien si se muestra un poco más amable y presta atención a mis palabras.

—¿Cien dólares? ¿Tiene usted cien dólares?

—Los tengo.

—¿Y me los pagará ahora? ¿Por adelantado?

—Ajá. Pero en esos cien dólares va incluido el precio de uno de esos ataúdes y del terreno, que le he dicho.

—Le haré un recibo —musitó—. ¿Cuál es su nombre?

—Pues... me da vergüenza decirlo.

Lyman alzó vivamente la cabeza, y su ceño se frunció. Pero la sonrisa del forastero era simpática, amable.

—Déjese de bromas y dígame su nombre, para que pueda extenderle el recibo.

—Es que es un nombre muy... gordo. Parece de personaje importante. Y yo, ya ve, ni siquiera he llegado a caballo. Mi nombre es demasiado serio para, un simple vaquero.

—Tome una decisión, forastero. Dígame su nombre o no me lo diga, pero no me haga perder más tiempo.

—Está bien —suspiró el greñudo—. Apunte: Augustus Carmichael. Ése es mi nombre. Lo siento.

—Bien... Aquí tiene su recibo. ¿Algo más?

—Bueno... Supongo que habría que entrar en detalles respecto a la tumba, el ataúd, la lápida...

—Soy un desastre haciendo lápidas.

El enterrador sacó otro papel en silencio, y se quedó mirando a Augustus Carmichael.

—La fecha de nacimiento es el diez de mayo de mil ochocientos... ochocientos cuarenta y tres, eso es. En cuanto a la frase...

—¿Y la fecha de la muerte?

—Ah, eso ya lo sabremos más adelante. Demonios, el ataúd todavía está vacío, ¿no? Veamos, la frase... Emmm... ¿qué le parece esta que se me acaba de ocurrir? Y murió en la violencia.

Lyman encogió los hombros.

—Es una tontería. Pero usted paga... De acuerdo. Sólo falta el nombre.

—¿El nombre... de quién?

—Del ocupante del ataúd; de esa persona que va a morir en la violencia.

—Ah... Bueno, pero ya se lo he dicho, amigo: Augustus Carmichael. Yo. Y la cosa urge... Tendría que tener esa lápida lo antes posible. A menos... que usted pueda decirme dónde encontrar un buen caballo.

—¿Le persigue la Ley?

—¿Cuándo dice que tendrá la lápida? —susurró.

—Lo antes posible. Pasado mañana, seguramente.

—Y hablando de lugares donde descansar: ¿puede decirme de alguno en este pueblo?

—No.

—¿No hay hotel?

—Es usted un tipo divertido. Aquí no hay hada. Nada de nada.

Augustus encogió los hombros, dio media vuelta y se dirigió a la salida. Ya en la puerta, se volvió de nuevo con su habitual sonrisa bienhumorada.

—No lo olvide, Lyman: pasado mañana deberá tener listas esas cosas. Pasaré mañana al mediodía, a ver qué tal va el trabajo.

* * *

—No sabemos... Llegó un día y se quedó.

—¿Tampoco tenía caballo? —sonrió Augustus.

—Oh, sí... Lo tenía. Pero de eso hace casi cinco años... El animal murió, y Lyman se quedó con nosotros.

—Pero ¿por qué se vino a vivir aquí?

—Pues... Hace unos años, Boquillas tenía mucha más gente. Era un pueblo más divertido, y más rico. Luego, todos fueron marchándose, y quedamos unos pocos. Lyman fue de esos pocos... Cuando Varela se fue de la Funeraria, dejándola abandonada, Lyman se metió allí. Nadie le dijo nada, porque comprendíamos que se le había terminado el dinero. Un día se murió uno, y claro, fuimos a la Funeraria. Primero, Lyman se enfureció con nosotros, pero le hicimos comprender que si habíamos ido a verle a él era porque estaba en la Funeraria. Se echó a reír y...

—¿Se echó a reír?

—Sí... Le hizo gracia.

—¿Bebía tanto cuando llegó?

—¡No! Entonces era un tipo bien vestido, que parecía un pistolero elegante...

—¿Un jugador?

—No, no... Jugó algunas veces, pero lo mismo perdía que ganaba. Yo creo que llegó aquí de pasada, pero vio a Roberta y...

—¿Quién es Roberta? —se interesó vivamente Augustus.

—La viuda... Tiene una hija, muy bonita, que se llama Lucía... Lyman es un hombre tozudo: no quiere aceptar las cosas como son.

—¿Qué cosas?

—Pues las amenazas, algunos golpes... Primero llevaba revólver. Parecía que sabía usarlo. Pero empezó a beber después de estar algunas semanas aquí. Un día, ya no le vimos el revólver. Entonces, fue cuando empezaron a meterse con él y así hasta ahora, porque él se empeña en ir a ver alguna vez a la viuda. Y...

—Estás hablando demasiado, Manuel —dijo uno de los mejicanos.

—Sí... Sí, creo que sí, Aurelio...

—Está bien. No haré más preguntas. Acabaré de cenar, me iré a dormir, y mañana... Mañana será otro día —sonrió duramente—. ¿Dónde podría dormir?

—Pos no sé... Son jacales chiquitos los que tenemos, señor... No hay sitio. No hace mucho había unos cuantos que estaban abandonados, pero los derribamos, por los adobes, para aprovecharlos. Eran adobes buenos, bien rellenos de paja, fuertes... Sólo deben quedar unas paredes caídas.

—Prefiero el aire libre, gracias. Aunque... Bien mirado, el olor a caballo no es precisamente de los que me desagradan.

—Yo creo que los caballos no huelen mal. Pero los cerdos...

—¿Los... los cerdos...?

—Sí, señor, los cerdos. Tenemos bastantes en Boquillas. Son unos cerdos bastante sucios, con olor muy a cerdo... Y lo que más abunda en las cuadras son los cerdos, señor.

—Pasaré la noche al raso. No será la primera... Pero quizá sea la última.

—¿La última, señor?

—Claro, claro... Por poco que pueda, me iré de aquí... Mañana, a lo mejor. ¿Cómo estamos de café?

—Muy mal. Es un lujo el café, señor.

—Bueno, yo traeré el que tengo. Es un café bastante asqueroso, pero servirá. Y como no pienso durar mucho... Quiero decir que como me iré pronto, invito a café a todos, si quieren. Voy a por él...

—No se moleste. Mientras come los huevos, yo iré...

—Manuel, no haga eso.

El dueño de la taberna se quedó petrificado, asustado, mirando con sus redondos ojos oscuros al gringo. Había oído el suave ludir de acero contra cuero, pero no lo creyó hasta que miró al forastero. Y era verdad: el forastero había sacado su pistola... Pero no le apuntaba. Sonreía un poco, como avergonzado. Luego, la sonrisa se amplió, como pidiendo disculpas. La pistola regresó a la funda, y el forastero se puso en pie.

—No me gusta que los demás se molesten por mí —dijo—; yo traeré el café.

Cuando salió al porche, llevaba la mano izquierda sobre el revólver.

Abrió una de las alforjas, y metió dentro la mano derecha. Para un observador astuto, aquello habría significado definitivamente que el forastero de los ojos azules y las greñas rubias era zurdo. Un zurdo que no estaba muy tranquilo...

Sacó una bolsita de piel, que contenía café.

La vio de pronto. Era como un fantasma. Estaba en una esquina de la taberna, y las estrellas brillaron un instante en sus grandísimos ojos negros.

—¿Qué haces ahí? —gruñó ásperamente Augustus.

La muchacha no se movió. Augustus ladeó la cabeza, y estuvo mirándola unos segundos. Parecía de piedra... A lo peor, era cierto que la pobre era tonta.

Se acercó a ella, despacio. Cuando estuvo a un par de yardas, olió a estiércol, a jabón, a tierra, a sucio... Tenía la impresión de que la muchacha era simplemente, una sombra con un par de ojos enormes, que estaban fijos en él como si en ello le fuese la vida.

—¿Qué haces aquí, Chihuahua? —musitó Augustus.

Ella movió negativamente la cabeza. Nada, decía. No hacía nada. Simplemente, estaba allí, y eso era todo.

—¿Eres muda?

La muchacha mejicana volvió a decir que no con la cabeza. Estaba muy asustada.

—Entonces, lárgate. Lárgate de una cochina vez de aquí... Y no vuelvas a acercarte a mí, ¿lo entiendes? Y mucho menos a mis alforjas, y al viejo caballo de Chaparro... ¿Lo entiendes? Te voy a meter una bala si te veo rondando algo que sea mío... Ya te estás largando, tonta. ¡Hale, largo de aquí!

A medida que pasaba el tiempo, y la noche iba siendo más noche y más oscura, el tejano de los ojos azules acercaba más a menudo su mano zurda a la culata del revólver.

Una hora más tarde, todos estaban tan borrachos que resultaba divertido. Chaparro y dos más se habían puesto a bailar, porque otro, llamado Luis, tenía una guitarra, y sabía tocarla. Augustus Carmichael había bailado, moviendo sus larguísimas piernas de un modo tan desacompañado que todos reían todavía...

—Me voy a dormir... Sí, señores, me voy a dormir a un sitio donde sople el viento, y no haya cerdos, ni ratas... Me voy a dormir al campo, y allá estaré..., estaré... muy bien.

Augustus salió a la calle, a la placita.

—A ver, tú..., llévame a un sitio donde podamos dormir...

El caballo se movió, asustado, dolorido, porque aquella vez las espuelas del jinete se habían clavado en sus ijares. Se calmó enseguida, y se fue alejando de la placita.

Dame un beso, Guadalupe, y perdóname, mi amor, pues tu amor nunca lo supe... ¡Je, je, je...!

El caballo se dirigía hacia su cuadra, hacia la casa de Chaparro. Pero un rudo tirón del ronzal le convenció muy pronto de que debía cambiar de itinerario. Y poco después, se detenía cerca de la salida del pueblo. Augustus Carmichael vio el jacal derruido, y movió aprobativamente la cabeza.

-Así me gusta, caballo... Vamos a dormir, y mañana... será un día... diferente. Ya verás: tengo una lápida hermosa... Este tipo la hará, y pondrá que morí en la violencia... Te apuesto todo el dinero que tengo a que eso va a ser verdad... ¿Tú sabes lo que es la violencia...? ¿No? Pues lo sabrás mañana... O pasado... No sé cuándo exactamente, pero lo sabrás...

CAPÍTULO III

Oyó un gemido de dolor. Y un chasquido. Luego, otro chasquido, y otro, y otro... Una cosa rara. No eran disparos, ni golpes... Llevó la mano zurda al revólver, y se sintió mucho más tranquilo cuando notó el frío de la culata. La noche era muy despejada, había muchas estrellas que brillaban mucho, se veía media luna entre ellas...

Oyó una voz... Una exclamación, concretamente. Y un nuevo gemido. Luego, una risa. ¡Y patear de caballos!

Salió de las ruinas del jacal, notando el frío cada vez con más intensidad.

Cuando apareció en la calle, estuvo seguro de que lo que oía era el galope de varios caballos alejándose. Y eso le hizo llevar de nuevo la mano al revólver. Pero no vio caballos.

En cambio, a la luz de la luna, sí vio, más allá, hacia el centro del pueblito, una sombra que se inclinaba hacia el suelo. Estaba seguro de que conocía a aquella persona. En el suelo había otra, que estaba intentando incorporarse, ayudado por la primera. Augustus la reconoció entonces.

—¡Eh! ¡Tonta! ¿Qué estás haciendo?

La muchacha mejicana se incorporó vivamente, miró hacia él, y, de pronto, echó a correr. Augustus corrió torpemente hacia allí, sacó el revólver y apuntó hacia la huidiza Chihuahua.

—Maldita bruja...

Se había oído claramente el cri-cric del percutor al ser alzado, pero aún más claramente oyó el forastero la voz de Lyman, el enterrador.

—No dispare... Carmichael, por lo que más quiera, no le dispare a esa chica...

—¿Qué le ha pasado, Lyman?

—Ayúdeme... a ponerme en pie... Tengo que llegar a la Funeraria.

—Está bien.

Lo puso en pie de un tirón. Lyman gimió, pero enseguida se mordió los labios, para evitar volver a hacerlo.

—¿Qué le ha pasado?

—Ayúdeme a llegar... a la Funeraria...

Augustus lo sostenía en pie sujetándolo de un brazo.

—Gracias... Gracias, Carmichael. Ya puede irse.

—No sea estúpido. Dígame qué quiere que haga con usted.

—Déjeme solo... Eso es todo.

Augustus soltó un gruñido. Volvió a sujetar a Lyman por un brazo y lo llevó hacia el interior de la Funeraria. Tropezó un par de veces, no supo con qué, y soltó un par de feas maldiciones.

—Al fondo... Hacia la puerta que tiene... luz de luna...

Lo llevó hacia allí.

—¿Cómo va eso? —sonrió.

—Bien... Es mejor que se marche.

—¿Tiene alguna luz?

—Hay un quinqué en la Funeraria... Está en el rincón de la derecha. Pero no lo necesito... Tampoco lo necesito a usted. Márchese.

Augustus fue a por el quinqué. Encendió la mecha. Volvió al patio cerrado y medio derruido, donde había dejado a Lyman, llevando el quinqué en la mano derecha. Se inclinó sobre el enterrador, sonriendo, a punto de decir algo jocoso.

Pero la lengua se quedó pegada al paladar. Se sintió incapaz de moverla, de decir nada... Ni siquiera pudo suspirar. Durante unos segundos, estuvo contemplando el cuerpo de Lyman, cruzado a latigazos.

—¿Le han pegado con un látigo, Lyman? —musitó.

—Con varios. Déjeme la luz y márchese.

—De acuerdo. Cada cual tiene sus problemas, y yo no voy a meterme en los suyos. Pero quizá sería conveniente que le ayudase un poco en estos momentos. ¿Tiene alcohol, o algo parecido?

Lyman se echó a reír. Augustus dedujo que era la palabra alcohol la que había provocado su hilaridad, y acabó riendo él también, de un modo agudo, nervioso.

—Entiendo... Tiene alcohol, pero dentro del cuerpo... ¿No es eso, Lyman?

—No necesito nada... Me ha ocurrido esto otras veces. Mañana estaré bien.

—Seguro que sí. Oiga, ¿tiene algo que ver en esto la chica tonta, esa que llaman Chihuahua?

—Ella sólo quería ayudarme.

—Ah... Bueno, entonces, hay alguien con sentido en este pueblo. A menos que nadie haya oído sus gemidos, y los latigazos, y las risas de quienes le han golpeado.

—Lo han oído todos, seguro... Pero, es bien cierto que cada cual tiene sus problemas... Y los míos son sólo míos. Los demás sólo tienen que dedicarse a dormir. No vale la pena, complicarse la vida por un viejo borracho como yo.

—Yo debo ser tan tonto, como la chica tonta del pueblo, Lyman... ¿Cree que podrá quitarse la ropa?

—Sí.

—Hágalo... Aquí no hace frío. Enseguida vuelvo.

Lyman se quitó la ropa, como pudo, teniendo buen cuidado de no destrozarla más de lo que estaba. Augustus salió de la Funeraria, y regresó cinco minutos después, con una botella de tequila. Examinó los golpes de látigo sobre el cuerpo de Lyman, y fue echando chorritos de tequila y limpiándolos con un trapo no demasiado limpio.

—Eso es todo, Lyman. No puedo hacer más por usted.

—¿Por qué lo ha hecho? No le he pedido nada.

—Ya sé, ya sé... Pero en todo este pueblo miserable, parece que sólo usted es capaz de grabar mi lápida. Tengo que asegurarme de que lo hará.

—¿Lo van a matar, Carmichael?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No sé. Depende de lo que tarden en encontrarme. O de lo que yo tarde en encontrar un buen caballo. Me pareció...

—Si encuentra un buen caballo... ¿huiré?

—A todo galope, mi amigo.

—Me pareció... que usted no es de los que huyen.

—Me pareció oír pisadas de buenos caballos. Dígame cómo conseguir uno de éstos, y ya verá si soy de los que huyen o no.

—¿Lo han admitido en alguna casa?

—No.

—Lo suponía... Venga a dormir aquí... El techo no está completo, pero las paredes son altas, hay un montón de paja, y se está bastante caliente.

—Ésa es una oferta que no voy a despreciar, Lyman. Ya vuelvo.

Salió de allí. Regresó cinco o seis minutos más tarde, cargado con la silla de montar, y la manta sobre los hombros.

—¿Un cigarrillo? —ofreció.

—Bueno.

—Se lo liaré... Oiga, aquí no se está mal... No señor, éste es un lugar bueno: se ve el cielo, las estrellas, se nota el fresco afuera, pero se está caliente sobre la paja... ¿Hay ratas?

—Algunas. A ellas también le gusta el calor.

—Claro. Bueno, aquí tiene el cigarrillo.

Se lo entregó liado, pero sin pegar. Lyman pasó la lengua por el borde del papel, lo pegó, y se puso el cigarrillo en los labios.

Augustus estaba lanzando con satisfacción el humo cuando preguntó, de pronto:

—¿Le han pegado porque ha visitado a la viuda, Lyman?

El enterrador se mordió los labios. Miró hoscamente al tejano y al fin movió la cabeza de un modo vago.

—Mis asuntos no le importan a usted, Carmichael.

—Seguro que no... Era sólo curiosidad. No quería molestarlo.

—¿Le han hablado en la taberna de ella, de Roberta?

—Sí. Buenas noches.

Se tumbó sobre la paja.

—Carmichael.

—¿Qué hay?

—¿Qué le han dicho?

—Nada. Que es viuda, y que tiene una hija muy bonita que se llama Lucia, me parece... ¿Lucia?

—Sí, sí: Lucía. ¿Qué más le han dicho?

—Nada más. Uno que se llama Aurelio le dijo a Manuel que estaba hablando demasiado, y Manuel ya no dijo nada más sobre la viuda llamada Roberta y su hija.

—Son unos cobardes asquerosos... No tienen derecho a mencionar a Roberta. Ni siquiera eso. La respetan mucho, pero cuando pueden dicen cosas desagradables.

—Eso es cuenta suya exclusivamente, Lyman.

—Sí, ya sé... Antes le dije que mis asuntos no le importaban a usted. Yo..., yo soy un cerdo desdichado, Carmichael, pero ella... Ella es buena y pura, honrada... ¿Me entiende?

—Supongo que sí.

—Volvamos a los caballos de que le hablé: están a un par de millas de aquí, en una hacienda.

—¿Son de allí los hombres que le golpearon con los látigos?

—Sí.

—Entiendo... Usted quiere que yo vaya allá y me líe a tiros con ellos. De paso que consigo un caballo o dos, le vengo a usted de la paliza que le han dado.

—No pretendía lanzarlo contra esa gente de buenas a primeras. Antes, quería decirle que ellos son seis.

—Eso es mucha gente... ¿Le golpearon a usted con seis látigos?

—Sólo cuatro, esta noche. Lorenzo Cárdenas es demasiado importante para ensuciarse golpeándome. Él se limita a enviar a sus peones, y ellos cumplen las órdenes.

—¿Van armados?

—Más o menos.

—¿Dónde dejó usted su revólver?

—¿Qué revólver?

—Llegó a Boquillas con un buen revólver, según he oído... ¿Dónde lo tiene ahora?

—Se estropeó... Lo tiré.

—Gran idea. A veces, cualquier armero puede arreglar un revólver, por un par de dólares.

—Aquí no hay armeros.

—Puestos a no haber, ya he visto que ni siquiera tienen agua...

—El agua de esa fuente, como toda la de Boquillas, la controla Lorenzo Cárdenas. ¿Por qué cree que se marchó la mayor parte de los habitantes del pueblo? Pues porque sin agua no podían vivir.

—¿Sabe una cosa? Ese Cárdenas me parece un ladrón.

—No, no... Ésa es la cuestión. Si fuese un ladrón, quizá las cosas no estuviesen así. Pero resulta que Arroyo Chico es suyo. Nace en unas pequeñas montañas, más al Sur, y está de lleno en sus tierras contando incluso del nacimiento, como le digo. Entonces, él, un día se dio cuenta del negocio, y no deja salir las aguas de sus tierras. ¿Quién puede decirle nada?

—Todavía no me es simpático el Lorenzo ese.

—Pues peor para usted. Él es el propietario de esos seis caballos de buena estampa de que le he hablado. Pero para tener uno de ellos debería ir a su hacienda... Sus peones, cuando vienen aquí, todo lo más que traen es alguna vieja escopeta, sus látigos y sus cuchillos... Pero sé que en la casa, en la hacienda, Lorenzo Cárdenas tiene buenas armas.

—¿Sabe una cosa? Me gustaría comprarle a ese Cárdenas un par de caballos... O ir a quitárselos, aunque sean seis contra mí. ¿Y sabe otra cosa que me gustaría, Lyman?

—¿Qué cosa?

—Que hubiese agua en la fuente de la placita.

—Es agua que se desperdicia. Hay una derivación de Arroyo Chico que va hacia esa fuente, pero Lorenzo Cárdenas lo cegó. La corriente de agua se hundía como una milla bajo tierra, y aparecía en la fuente... Un agua fresca, muy buena... Pero ahora va a parar a la cisterna de Cárdenas.

—Ese tío es un cochino.

—El agua es suya. Y los caballos también. Quien quiera aceptar sus condiciones, bien. Si no las acepta, puede hacer lo que le venga en gana..., pero ateniéndose a las consecuencias.

—Entiendo. Y aquí, todos se conforman.

—Son gente pacífica. Prefieren algo que nada. Viven tranquilos, y, a su modo, bastante felices. No ambicionan más.

Augustus Carmichael quedó pensativo. Ahí estaba la cuestión: no ambicionar más.

—¿Por qué le molestan, los hombres de Lorenzo Cárdenas cuando usted va a ver a la viuda Roberta, Lyman?

—No le importa.

—Hombre, sí me importa, porque todo se relaciona con lo mismo... Yo imagino que la viuda le prefiere a usted, pero quizá Lorenzo Cárdenas también la quiere, y...

—Lorenzo Cárdenas está casado. Y tiene dos hijos, ya mayores: un muchacho y una chica.

—Entonces..., ¿no quiere a la viuda para casarse con ella?

—No podría casarse con ella, puesto que está ya casado.

Augustus se echó el sombrero hacia delante, y se rascó la coronilla, perplejo.

—Pues no lo entiendo. Si no puede casarse con ella..., ¿por qué no les deja en paz a ustedes dos?

Lyman permaneció en silencio, fría la expresión. Su rostro se crispó un instante. Por fin musitó:

—Buenas noches, Carmichael.

—¿Es usted miedoso, Lyman?

—No.

—Le voy a hacer una buena proposición. Yo tengo un buen rifle y un revólver. Le voy a dejar el rifle. Entonces, nos vamos los dos a ver a Lorenzo Cárdenas, y le decimos que me venda dos caballos y que le deje en paz a usted.

—Se reirá de nosotros.

—En ese caso lo matamos.

—¡No! —gritó Lyman.

Augustus se sobresaltó.

—Oiga, ¿qué le pasa? —gruñó—. Le estoy proponiendo una solución a su problema... Podemos ayudarnos mutuamente...

—No.

—Vamos, no sea tonto. Matamos a Cárdenas, yo me largo con dos caballos, y usted se queda tranquilamente con la viuda Roberta... y con mil dólares que yo le daré. Usted es un pistolero, Lyman, y...

—¿Quién le ha dicho eso? —se tensó la voz del enterrador.

—La gente. Llegó con un revólver, era elegante, seguro de sí mismo... ¿Se quedó por la viuda, no? Pues yo le ayudaré a conseguirla... Nos ayudaremos los dos, hombre.

—Cállese —tembló la voz del enterrador—. Cállese, Carmichael.

El tejano lo estuvo mirando fijamente unos segundos, antes de suspirar y apagar cuidadosamente el cigarrillo.

-Está bien, Lyman. Ya me las arreglaré yo solo. Buenas noches.

CAPÍTULO IV

¿Qué tal si les ofrecía a aquellos mejicanos pacíficos una buena cantidad de dinero si le ayudaban a convencer a Lorenzo Cárdenas para que le vendiese un caballo? Bah... Idea absurda. Si no habían luchado antes, por ellos mismos..., ¿por qué iban a pelear ahora por él, por complacer o ayudar al gringo? Era completamente absurdo siquiera pensarlo. Además tenían razón por que los mejicanos nunca habían recibido nada bueno de los gringos.

Estaba engullendo un trozo de carne cuando oyó las pisadas de caballos. Varios caballos.

—Son los peones de don Lorenzo —dijo Aurelio, en la otra ventana.

Augustus los estaba viendo muy bien. Eran tres mejicanos, con chaquetilla corta, pantalones ceñidos y grandes sombreros de enorme copa picuda, con discretos adornos de colores en las vueltas del ala circular, algo alzada por delante.

Los vio detenerse delante de la taberna y desmontar.

Los tres mejicanos estaban en el porche. Uno de ellos regresó junto a su caballo, y sacó de la funda una carabina.

El greñudo gringo sonrió con toda la amabilidad de que fue capaz.

—¿Venderían sus caballos? —preguntó—. Los pagaría bien.

—No son nuestros, señor.

—¿Son de don Lorenzo?

—Así es, señor.

—¿Me los vendería él? Aunque fuese uno solo. Pago en monedas de oro, no en billetes.

Los tres mejicanos encogieron los hombros, a la vez. El de los bigotes más grandes sonreía burlonamente.

—Don Lorenzo no vende sus caballos. Vacas, sí.

Los otros dos rieron, porque, verdaderamente, la cosa tenía un poco de gracia. Al menos, para ellos. Pero, para Augustus Carmichael, la idea de galopar hacia el Sur montado en una vaca no le pareció precisamente un chiste bueno.

Metió la mano en un bolsillo, sacó una moneda, y la tiró hacia Manuel, procurando que las demás se viesan muy bien en su palma. El oro lanzó sus destellos brillantes, dorados... Augustus quedó con la mano derecha tendida, mostrando como al descuido las siete u ocho monedas de oro de veinte dólares.

—Pagaría un buen precio a cualquiera por un caballo —musitó.

Se guardó las monedas y salió de la taberna.

—Sí.

Podía matarlo en menos de un segundo. Pero luego, para escapar, tendría que quitar las alforjas de su silla de montar... Un poco complicado. Además, no podía estar seguro de que los otros dos mejicanos no escondiesen algún revólver. Y, por último, estaba seguro de que cualquiera de los tres era capaz de clavarle el cuchillo hasta la cruz, en plena espalda, lanzándolo desde veinte pasos de distancia o más.

Decididamente, aquélla no era la ocasión.

Se dio cuenta de pronto, de que estaba oyendo fuertes martillazos. Dio una vuelta sobre sí mismo, hasta localizar el lugar de donde provenían: la Funeraria.

Lyman estaba golpeando con un martillo sobre una escarpa colocada sobre uno de los trozos de mármol, que ahora se veía bastante limpio, casi blanco.

Se acercó. Sobre el mármol se veían ya las dos primeras letras: AU. Bastante mal hechas, por cierto.

—¿No sabe hacerlo mejor, Lyman?

—No.

—Está bien... ¿Cómo está hoy?

—Como siempre. ¿No tiene nada que hacer por ahí, Carmichael?

—Pues no... Bueno, sí: comprar un caballo. Si yo tuviese un buen caballo, usted no tendría que acabar esa lápida. Pero no le pediría los cien dólares... Al contrario, le daría mil más si...

—Déjeme en paz. Estoy trabajando.

Augustus arrugó la nariz, sonriendo fríamente.

—Ya veo. Y según parece no ha empezado a beber... todavía. Magnífico, Lyman: va mejorando.

El enterrador ladeó la cabeza y sus oscuros ojos se fijaron fríamente en el tejano. Fue justo entonces cuando Augustus comprendió que sería mejor no irritar demasiado a Lyman.

—No me provoque, Carmichael: es un buen consejo.

—Cálmese, maldita sea —refunfuñó Augustus—: no he venido aquí para pelear con usted.

—Entonces, lárguese. Y déjeme trabajar tranquilo.

El tejano encogió los hombros, dio media vuelta, y salió de la Funeraria.

Cuando estaba llegando al extremo de la calle, nadie se había cruzado con él. No le quedaba más remedio que volver a la taberna.

No llegó ni a dar la vuelta al caballo. Estaba cerca del jacal donde había pasado parte de la noche anterior, y estaba seguro de haber oído un ruido allí dentro...

Primero estaba la pieza grande. Luego, al fondo, la otra, más pequeña, que conservaba un poco más alta las paredes, motivo por el cual había escogido aquel lugar. Pero ahora estaban más altas aún, porque Chihuahua, vuelta de espaldas a él, estaba colocando piedras sobre la pared, alzándola. A un lado tenía un montón de barro, con el que iba rellenando los huecos, para que las piedras se sujetasen bien. Junto a ella había un gran montón de paja, en el suelo, formando lo que, sin duda, resultaría un tosco pero mullido colchón. Y... O él estaba mal de los oídos, o la muchacha estaba canturreando algo.

Sonriendo más ampliamente, entró en la primera pieza, despacio, sin hacer ruido con las espuelas...

«Dame un beso, Guadalupe, y perdóname, mi amor, pues tu amor nunca lo supe... ¡Je, je, je!».

Augustus se echó a reír, de muy buena gana. La muchacha se volvió como una centella, y sus ojos se mostraron enormemente abiertos, fijos en el gringo.

—¿Me estás imitando? —rió Augustus.

La muchacha se movió. Miró a todos lados, como un animalillo acorralado. De pronto saltó hacia un lado, iniciando una velocísima ascensión de una pared... Augustus saltó hacia ella, llegó cuando estaba a punto de saltar al otro lado, y la sujetó por la delgadísima cintura, tirando de ella hacia abajo. La derribó sobre el montón de paja.

—Quieta, potranca... ¿Es que vas a tener miedo de mí?

Chihuahua quedó inmóvil, siempre fijos en el gringo sus grandísimos y brillantes ojos negros.

—Bueno, te voy a soltar si me prometes no intentar escapar otra vez... ¿Te parece bien?

Augustus se sentó a su lado, sobre la paja, y sacó la bolsita de tabaco y el rollo de papel de fumar.

—¿Quieres uno? —ofreció.

Negativa con la cabeza. El tejano encogió los hombros, encendió el cigarrillo, y cuando iba a tirar la cerilla miró la paja, frunció el ceño, y la tiró fuera del jacal.

—¿Qué estabas haciendo aquí? ¿Es tuyo el jacal, quizá?

Con la cabeza, no.

—Pero lo estabas arreglando. ¿Por qué? ¿Me entiendes?

—Sí, señor...

—¡Bien! —rió Augustus—. Y ahora, dime: ¿qué hacías aquí?

—Te arreglaba la casa.

—¿A mí? —quedó estupefacto el gringo.

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Es mejor que duermas aquí.

—¿Por qué?

—Porque así no te harán nada los criados de don Lorenzo, cuando vengán a pegarle a Lyman.

—Oooohhh... ¿Temes por mi vida, pequeña flor?

Ella movió afirmativamente la cabeza. Augustus se sentía desconcertado. Chihuahua debía tener dieciséis o dieciocho años, quizá... Estaba muy delgada, pero tenía un cuerpo bonito, de mujer completa.

—¿Por qué temes por mi vida?

—No sé. Eres guapo y bueno.

—¡Guapo y bueno! —casi gritó Augustus—. Oye, ¿te estás burlando de mí?

—Ayudaste a Lyman. Los demás no lo hacían, pero tú viniste a ayudarlo... ¿Verdad?

—Salí a ver qué pasaba cerca de mí. Eso siempre es interesante; saber lo que pasa cerca de uno. Pero no te aseguro que hubiera ayudado a Lyman si hubiera llegado cuando le estaban pegando. No me gusta complicarme la vida... con asuntos ajeros. ¿Entiendes esto?

—Sí, señor.

—Bueno... Entiendo que tú también eres buena, puesto que estabas ya ayudando a Lyman cuando yo llegué. Me pareció otra cosa, y... ¿Por qué ayudabas tú a Lyman?

—Porque él es bueno.

—¿Ah, sí? Vaya, según parece todo el mundo es bueno para ti.

—Todo, no. Los demás son malos, se ríen de mí, me insultan...

—¿Y Lyman no lo hace?

—No.

—Vaya, demonios, vaya... Bueno, no vamos a discutir si Lyman es bueno y es malo, pero creo que conmigo te has equivocado, ¿eh?

—Tú eres bueno.

—¡Y dale! ¿Qué ves de bueno en mí? Mira, lo de guapo vamos a dejarlo, porque a lo mejor, si me afeito y me lavo, resulta que sí, que soy más bien guapo. Pero, hijita, de bueno tengo yo lo mismo que tú de limpia... ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Ajajá. Entonces, quedamos en que soy guapo pero malo. ¿Sí?

—No. Eres bueno. Pero tienes que ser malo, ahora.

Augustus se echó el sombrero hacia adelante y se rascó la coronilla, mirando pensativamente a la muchacha.

—Vamos a ver, vamos a ver... Si yo soy bueno..., ¿por qué querías escapar de mí?

—Porque yo soy fea y tonta. No quiero que me veas.

—Ésta es buena... No quieres que te vea, pero te apareces por todas partes. Anoche, cuando yo salí de la taberna, me seguiste, ¿no es cierto?

—Sí. Ibas cantando y estabas borracho.

—Ajajá... ¡Borracho! ¿Te das cuenta de que soy malo?

—Lyman también se emborracha y no es malo. Eres bueno.

Augustus se pasó furiosamente la mano por la boca, mesando las barbas rubias, ásperas.

—¿Tú estás segura de que sabes distinguir lo malo de lo bueno?

—Sí, señor.

—¿Crees que sería malo decirme dónde está la hacienda de don Lorenzo?

—No.

—Bueno, pues dímelo.

—Está siguiendo el camino que pasa por delante del cementerio. La encontrarás.

—Estupendo... ¿Tú crees que don Lorenzo es bueno o es malo?

—Más bien malo. Ya no sale agua de la fuente.

El tejano lanzó una exclamación de asombro.

—¡Hey...! —rió—. ¿Te gustaría a ti también que saliese agua de la fuente? Oye, supongo que te refieres a la fuente de la placita, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Te gustaría que saliese agua de allí?

—Sí, señor.

—Pues, favor por favor, pequeña flor: cuando me vaya de aquí en un buen caballo, te dejaré la fuente llena de agua.

—Sí, señor.

—Bien... Oye, mira, yo creo que no eres tan tonta como dices tú misma. Tampoco eres fea, demonios. Pero estás muy sucia, eso sí. ¡Y no me digas que yo estoy más sucio que tú!

—No, señor.

—¿Me tienes miedo todavía?

Chihuahua sonrió, de pronto, moviendo negativamente la cabeza. Y Augustus Carmichael sintió un extraño desasosiego, algo desconocido, inquietante, nuevo...

—Estupendo —sonrió a medias—. Y ahora, guapita, tengo que ir a ver a don Lorenzo. Espero que se muestre razonable, por que si no... ¿Por qué me miras así? ¿Qué te pasa ahora?

—¿Lo vas a matar?

Augustus frunció el ceño.

—Espero no tener que hacerlo. Y el mejor modo sería... Vamos a ver si es verdad que no eres tonta. Imagínate que tú quieres esconderte en algún sitio, camino del rancho de don Lorenzo. Un sitio desde el cual veas a los que pasan cerca de ti, por el camino... pero que los demás no te vean a ti... ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—¿Y conoces ese sitio? ¿Hay alguno?

—Sí, señor.

—¿Me lo dices?

—Está cerca del camino, a la derecha... Lo verás cuando vayas a la hacienda... Hay unos montes, con chollas y chaparros. Desde allí se puede ver el camino.

—Pero los del camino no te ven a ti, ¿eh?

—No, señor.

—Qué bien... Bueno, me largo. ¿Quieres una moneda?

—No. Yo quiero acabar de arreglarte este sitio.

—Sí, mujer, sí, puedes hacerlo... Pero toma la moneda. Es de oro, y yo te la regalo.

La muchacha se quedó mirando la moneda. De pronto, movió negativamente la cabeza.

—No... Tú eres bueno, pero los demás me la quitarían.

—¿Oh, sí? —masculló el tejano—. Bueno, eso vamos a verlo. Tú ve allá, y enseña la moneda a todos... Quiero que lo hagas, ¿entiendes? Vas a enseñar la moneda a todos, y dirás que si te la quitan ellos, yo iré a recuperarla, a mi modo. ¿Lo recordarás bien?

—Sí, señor.

Dio media vuelta, dispuesto a salir del jacal.

—¿Volverás? —preguntó Chihuahua.

—Seguramente. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque pienso que si tienes un caballo ya no volverás.

—Te enteras de todo, ¿eh? Pasas por todas partes, escuchas, y nadie se molesta en decirte que no escuches... Y así, te vas enterando de todo...

Salió del jacal, sin hacer más caso de la mansa muchacha de los enormes ojos negros. Lucero esperaba pacientemente delante de la fachada, inmóvil; excepto el rabo, que espantaba unas moscas gordas como murciélagos, a juicio de Augustus.

Montó en Lucero y le dio un tirón del ronzal. Ahora que ya sabía más cosas, quizá pudiese arreglarlo todo a su gusto.

Y a lo mejor, pronto tendría un caballo.

* * *

El tejano estaba tumbado bajo unos chaparros; a un lado había una cholla bastante grande, que daba buena sombra. Pero si se ponía allí lo verían desde el camino, de modo que tenía que optar entre estar fresco o estar a punto de conseguir un caballo. O dos. O quizá hasta tres caballos.

Ésa era una buena idea: tres caballos.

Miró hacia atrás. Lucero sí se había cobijado detrás de una cholla grande, allá en el final de la pendiente. Permanecía como si fuese de piedra, inmóvil, dale que dale al rabo...

Aquello, en verdad, estaba feo. Pero...

Entonces vio la nubecita de polvo, procedente del Sur.

Una fea sonrisa, casi siniestra, apareció en los labios de Augustus Carmichael. Se movió un poco más, para convencerse de que no estaba soldado al suelo, se colocó la culata en el hombro, y apuntó hacia el lugar donde se veía la nube de polvo, cada vez más cerca...

Estuvo inmóvil completamente hasta que apareció el jinete. No. Eran dos. Bueno, si había estado a punto de meterse con tres, dos serían más fáciles de

tumbar patas arriba...

Entonces oyó el galopar de más caballos, hacia su izquierda. Miró hacia allá, y estuvo a punto de gritar de rabia. Aquello era mala suerte... ¡Una perra y cochina suerte! Al mismo tiempo que aparecían los dos jinetes inesperados, aparecían los tres que había estado esperando durante dos horas y media de ardiente sol.

—Maldita suerte...

Oyó el ruidito tras él, y se volvió como una centella, muy abiertos los ojos, crispados los labios, adelantando el rifle... De nuevo estuvo a punto de lanzar una maldición en voz alta. Allá estaba la muchacha andrajosa, subiendo por la ladera, encogida, moviéndose ágilmente por entre los chaparros y las chollas.

—¿Qué demonios haces aquí? —masculló éste.

—Ya terminé tu jacal y quería estar contigo.

—¡Conmigo...! Oye, niña... Ssst.

Se calló, y regresó a la posición primera, de modo que podía ver el camino, abajo de la lomita, ante él. De un modo extraño, las voces de los hombres que se habían reunido allí llegaban hasta donde estaba él.

—... no ha aparecido por la hacienda.

—Pues salió del pueblo.

—A lo mejor se ha marchado con el caballo de Chaparro.

—No creo que ese gringo sea tan tonto. Y me parece que será mejor que volvamos a la hacienda. Puede que él haya estado vigilando por allí, y no quiero que encuentre solo a mi padre. Si lo que quiere es un caballo, ahora podría robarlo. O comprarlo, da lo mismo.

—Yo no creo que ese gringo sea tan bragao, niño Panchito.

—Pero necesita un caballo. Volvamos a la hacienda.

—A lo mejor ya le ha comprado un caballo a don Lorenzo.

—Mi padre no le venderá un caballo a ese gringo. Ni a ninguno.

—Claro, niño Panchito.

Ya no pudo oír más. Los cinco jinetes se habían lanzado al galope, sonido que apagaba cualquier otro.

Augustus tenía el ceño fruncido. Había comprendido muy bien que aquella gente no quería venderle un caballo de ninguna manera.

De pronto, se dio cuenta de que estaba mirando a Chihuahua, y que ella le miraba a él, fijamente, esperando.

—¿Has venido a pie?

—Claro. He corrido un poco, para llegar pronto.

—¡Has corrido...! Por el cielo, Chihuahua, si yo tuviese que caminar toda esta distancia creo que preferiría que ellos me encontrasen.

—¿Quiénes son ellos?

—Unos... amigos. Y, además, no me hagas caso. He caminado mucho más que esa distancia, porque... no quería encontrarlos.

—¿A tus amigos?

—Sí.

—¿No te gusta estar con tus amigos?

Augustus se rascó la coronilla, tras su gesto de echarse el sombrero hacia la frente.

—Si vuelves a hacerme preguntas te daré un tortazo, Chihuahua. ¿Está claro?

—Sí, Gus.

—Maldito sol y maldito todo...

Y de pronto, Augustus hizo lo que había estado deseando hacer: se tumbó, y se dejó caer, rodando, por la pendiente de la loma, hacia la sombra de las chollas que había abajo. Llegó, apartó de un manotazo a Lucero, y miró hacia la suave cresta; haciendo señas con la mano.

—Vamos, ven aquí, pequeña —rió.

Chihuahua vaciló, pero optó pronto por obedecerle. Convencida de que eso era lo que quería Augustus, se dejó caer como él, rodando, y riendo porque le oía reír a él. Cuando llegó abajo, Augustus la detuvo con un pie, riendo a más y mejor. Ella dejó de protegerse el pecho con los brazos, y se quedó mirándolo, tendida cara al cielo, en la sombra, quieta... Augustus dejó de reír, y se quedó mirándola con una seriedad desconocida para él.

—No me mires así, o...

Ella parpadeó. Entonces desvió la mirada y se quedó mirando el cielo azul, sin una nube.

—¿Por qué tú no llevas flores en la cabeza? —preguntó, sin mirar a la muchacha.

—No sé... Porque soy fea.

Augustus Carmichael sintió ganas de reír, de pronto. Aquél sí que era un buen chiste, de veras. ¿Fea? Bueno... Otra vez volvía a lo mismo. Quizá puesto a ser ignorante de muchas cosas, tampoco sabía si una mujer era fea o no. Pero a él le parecía que no.

Chihuahua tenía los dientes muy blancos y pequeños. Los veía muy bien, porque la muchacha había separado los labios, y parecía respirar con

dificultad, lenta, pesadamente, sin dejar de mirarlo. También los labios eran muy bonitos.

Los tocó, con un dedo, suavemente. Ella quedó rígida, y cerró los ojos. Pero pareció que los labios temblaban más entonces. Eran muy finos, tiernos, frescos...

Puso sus labios sobre los de ella, y apretó un poco... No. No lo parecía: era verdad. Apretó un poco más, y le parecieron tan tiernos que le gustó. Le gustó mucho.

Alzó la cabeza, y ella le miró entonces con expresión suplicante, o al menos eso le pareció.

—Será mejor... que nos vayamos —dijo Augustus, ronca la voz.

—No...

—Yo me voy... ¿Quieres quedarte aquí, sola?

—No.

—Mira... Chihuahua, yo no soy bueno, ¿entiendes? Es mejor que nos vayamos. Volvamos al pueblo, y te quedas allá. Y no vuelvas a molestarme más, no te acerques a mí. ¿Está claro?

Ella no contestó. Augustus se quedó mirando sus labios, fruncido el ceño. La sombra de la cholla doble era grande y ancha. Se estaba muy bien allí. Y la verdad era que tenía ganas de volver a besar a la muchacha.

De modo que lo hizo.

Cuando entró en la taberna, supo que le miraban de un modo raro, pero le importaba lo mismo que un cartucho gastado.

Tenía que hacer algo. Y pronto. Era una estupidez que teniendo un revólver aceptase aquella situación. Podía; arreglárselas bien para conseguir un caballo, fuese como fuese. Sólo tenía que confiar un poco más en sí mismo, y todo sería fácil.

Miró hacia la Funeraria, bebió un trago de tequila, se puso en pie y fue hacia allí. Cuando entró no vio a Lyman, pero sí la lápida... Parecía que Lyman había trabajado bastante. Quedaba más bien fea, pero se leía muy bien el nombre: AUGUSTUS CARMICHAEL. 10-5-1843-6-1872... Lyman había dejado sin grabar el día exacto, pero ya había puesto el mes y el año. Junio, mil ochocientos setenta y dos. También faltaba la frase que se le había ocurrido: Y murió en la violencia.

—Lyman —llamó.

La voz le llegó del fondo, de donde habían dormido la noche anterior:

—Lárguese, Carmichael... Déjeme en paz.

Augustus quedó en la puerta, mirando a Lyman. Estaba tumbado sobre la paja, con dos botellas vacías a su alrededor y una recién empezada en la mano. Turbios los ojos, pálido, temblorosas las manos.

—Me da usted pena, Lyman.

—Lárguese... o le pego un tiro...

—Querrá decir que me echa un chorro de tequila. Sólo tendría que apretarse un poco la barriga, y saldría una fuente de tequila... ¿Qué me dice de la viuda Roberta? ¿Ella le quiere a usted también?

-Si la vuelve a nombrar... le mataré, Carmichael.

Augustus soltó un gruñido y dio media vuelta.

Pero antes, tenía que apurar la última posibilidad de conseguir un aliado. Vería a la viuda y le diría... Sí, le diría que si Lyman le ayudaba a él, él ayudaría a Lyman y a ella misma. ¿A qué los ayudaría? A lo que quisieran.

CAPÍTULO V

Se detuvo delante de la casa. Era más grande que las demás, y parecía algo más sólida. También más bonita, con algunas flores que parecían secarse rápidamente. A lo mejor, si hubiese agua en la fuente de la placita, las cosas serían de otra manera incluso para las flores.

Augustus asió el llamador y golpeó suavemente. Pocos segundos después, la puerta se abría, muy despacio, como de mala gana. Entonces, el tejano vio el rostro más exótico y hermoso que recordaba jamás. Ella tenía los ojos negros, rasgados muy brillantes, y la boca como si estuviese encendida por dentro. Augustus quedó tan impresionado que permaneció inmóvil en el porche. Naturalmente, aquélla no podía ser la viuda Roberta, porque debía tener veinte años, como máximo; y si hacía cinco que Lyman estaba allí, en Boquillas, esperando...

—¿Qué quiere?

—¿Qué quiere? —insistió la muchacha.

—Emmm... Quiero..., quiero ver a la viuda Roberta.

La expresión de la muchacha fue entonces completamente fría, despectiva, altanera.

—No está. Márchese.

Y le cerró la puerta en las narices.

¿Así? ¿Así, de modo tan tonto y fácil iba él a aceptar las cosas? Ah, no... No, señor. Él estaba luchando por su pellejo y por una vida mejor que la que había llevado hasta entonces. En cuanto a la viuda Roberta, también podía salir beneficiada, de modo que...

Frunció el ceño y volvió a llamar a la puerta. Esta vez, tardaron un poco más en abrirle. Y lo hizo la misma muchacha, con expresión aún más adusta que antes.

—Ya le he dicho que no está. Váyase... ¡Oiga!

Augustus había empujado la puerta, sin violencia, pero con tal fuerza y seguridad que la muchacha saltó hacia atrás, y estuvo a punto de caer.

—No se asuste —sonrió el greñudo y barbudo tejano. Sólo he venido a conversar un poco con la viuda Roberta. ¿Verdad que está?

—¡Haga el favor de salir ahora mismo de mi casa!

—¿Usted es su hija, quizá? ¿Lucía?

La muchacha casi temblaba de rabia. Augustus se había acercado a ella, procurando parecer amable, pero ella lo esquivó, abrió la puerta y señaló hacia la calle.

—¡Salga!

El tejano encogió los hombros y se dirigió hacia la primera puerta que daba al pequeño vestíbulo; estaba solamente entornada, de modo que la empujó y, miró dentro del cuarto.

—Pase; señor Carmichael.

Esta vez el tejano quedó aún más impresionado. Aquello era una salita pequeña, adornada con flores, cortinas de colores, dos sillones, un sofá, un bargueño, una mesita... Pero nada de todo aquello tenía ninguna importancia una vista la mujer. Ella se había puesto en pie, y lo miraba sonriendo.

Era una señora. Augustus no entendía mucho de aquellas cosas, pero sabía que aquella mujer era una señora de verdad. Y no era gorda, ni rolliza, ni nada de eso. De no haber sido por el rostro, casi podría haber parecido igual de joven que su hija, tal era la hermosura de su fino cuerpo esbelto, turgente, firme. El rostro era, también, más hermoso que el de la hija; pero había una tristeza profunda, muy adentro de aquellos negros ojos bellísimos. La boca era un poco más pálida que la de su hija, pero tenía la forma más bonita, menos abultada. Desde luego, no tenía la belleza restallante y pletórica de la muchacha, pero Augustus podía comprender muy bien que un hombre como Lyman estuviese enamorado de aquella mujer. Cualquiera hombre podía enamorarse de ella...

Instintivamente, el tejano se quitó el sombrero. Y enrojeció un poco, sin darse cuenta, cuando las greñas rubias cayeron ante sus ojos, sucias, grasientas y amasadas con polvo...

—Ha entrado a la fuerza, mamá.

La voz de Lucía le pareció a Augustus un chirrido rabioso, y su gesto se nubló un instante.

—¿Por qué no se calla ya? —gruñó—. Su madre me ha dicho que pase. ¿O no he oído bien, señora?

—Ha oído bien. Pase... Y siéntese si gusta, señor Carmichael.

—¿Vas a recibir en serio a este hombre? —protestó Lucía.

—El señor Carmichael no ha venido por gusto, hija. Estoy segura de que tiene algo importante que decirme. Por lo menos, eso cree él. De manera que le escucharemos.

—Yo, no. Éste..., este vagabundo sucio y borracho...

—Estás ofendiendo al señor Carmichael sin necesidad, Lucía.

—Pues que se vaya. Nadie lo ha llamado.

Augustus miraba a la muchacha con la más torva y malévola de las expresiones de su repertorio.

—¿Nadie le ha zurrado nunca, nena? —susurró.

Lucía se enrojeció violentamente. Parecía ahogarse en su ira.

—¿Cómo..., cómo se atreve...?

—Ya ve.

Lucía no dijo nada más. Quedo temblando, pálida ahora, trémulos los labios. Augustus estuvo mirándola fijamente unos segundos. Luego miró a la madre, que parecía un poco asustada, sobrecogida más bien. Se acercó más a ella y señaló uno de los sillones.

—¿Puedo sentarme, señora?

—Sí... Sí, por favor...

—Gracias.

Se dejó caer en el sillón forrado de tela con florecillas menudas. Ajá. Allá sí que se estaba bien. Demonios, vaya que sí... Miró a la viuda, sonrió y movió aprobativamente la cabeza.

—Comprendo muy bien a Lyman ahora, señora. Es usted muy hermosa.

—Y usted muy amable, señor Carmichael...

—Sí... Yo... Perdona... Oiga, usted sabe mi nombre, ¿eh? ¿Quién le ha hablado de mí?

—Lyman, naturalmente. Anoche, cuando estuvo aquí. Me habló de usted, de su lápida, de que le gusta una tumba en el cementerio.

—Ah, sí... Es un cementerio muy bonito el que tienen ustedes. Y hay madreselvas, como en Tejas. Curioso, ¿no? Y también amapolas, en el campo. Y... Emmm... ¿Por qué azotan a Lyman si él viene a verla, señora?

—Eso lo arreglaría muy fácilmente no viniendo más por aquí —deslizó fríamente Lucía.

Augustus la ignoró de nuevo, satisfecho de poder demostrarle a la muchacha su escaso interés por ella. Se quedó mirando a la viuda Roberta, cuyo hermoso rostro estaba un poco crispado. Tardó unos segundos en contestar la pregunta del tejano, si bien de un modo en verdad indirecto.

—Usted ha venido a algo concreto, señor Carmichael. Dígame lo que es, y entonces quizá podamos seguir conversando. ¿Qué ha venido a proponerme, señor Carmichael?

—Larguémonos de aquí los cuatro. ¿Eh? ¿Qué le parece? Sólo tenemos que convencer a Lyman para que me ayude a conseguir unos cuantos caballos... Entonces, nos vamos de aquí. Yo les daría dinero, a ustedes, y podrían empezar con tranquilidad en otro sitio. Si Lyman me ayuda podemos conseguir unos buenos caballos y desaparecer de aquí.

—Eso debería usted proponérselo a Lyman, no a mí.

—Lo hice. Pero se negó. Estoy seguro de que él es un hombre de revólver, señora. Apuesto cualquier cosa a que si ahora le ponemos a Lyman un revólver en la mano, parecerá otro hombre...

—Si no está borracho —comentó sarcásticamente Lucía.

Esta vez, Augustus se volvió hacia la muchacha, que permanecía en pie. La miró de arriba a abajo lentamente, fríamente, y luego encogió los hombros. Y como se volvió de nuevo hacia la viuda, no vio el furibundísimo sonrojo que apareció en el rostro de Lucía Saldaña.

—¿Lo convencerá usted, señora?

—No puedo hacerlo. Es él quien tiene que decidir.

—Pero... ¡Pero él dice que no, y esto es absurdo! ¡No le comprendo a él, ni a usted! ¡No les comprendo!

—Quizá a Lyman no le guste ir a robar caballos.

—¿Quién habla de robarlos? —gruñó Augustus. Podemos hacer bien las cosas... Nos vamos a la hacienda de ese don Lorenzo, y le compramos cuatro caballos. Yo los pagaría. Se los pagaría bien. Pero si a ese tipo se le ocurre negarnos los caballos, pues entonces podríamos conseguirlos por nuestra cuenta. Eso es todo. ¡Qué demonios, se le mete un tiro al mejicano ése y todo queda arreglado!

—¿Usted..., usted le dijo eso a Lyman? —tembló la voz de Roberta.

—Claro.

—¿Y él se negó a ayudarle?

—Sí... Pareció sobresaltarse cuando le dije que podíamos matar al Lorenzo ése y largarnos con los caballos. Le dije que le daría mil dólares, luego... Les daré dos mil, para los dos. ¿Qué dice, señora?

—Que no.

Augustus parpadeó, incrédulo.

—No lo entiendo Lucero —musitó—. ¡No lo entiendo! Usted es viuda, Lyman la quiere, y creo que usted le quiere a él. Pueden verse siempre que

quieran... ¡Incluso casarse!

—Usted..., usted es un forajido, un bandido —dijo Lucía.

—¿Y usted qué es? —le espetó Augustus.

—¿Yo? —se sorprendió la muchacha—. ¿Yo?

—¡Sí, usted! ¡Todos! ¿Qué son todos?

—La conversación se está volviendo un poco desagradable, señor Carmichael —susurró Roberta—. Buenas tardes. Acompáñalo, Lucía.

Augustus inclinó el cuerpo hacia adelante, y se mesó la pelambreira, entre desesperado e irritado. Estuvo así unos segundos. Por fin alzó la cabeza y suspiró.

—Está bien... Está bien, señora. No les molestaré más. Allá ustedes si prefieren seguir como hasta ahora hasta que se mueran. Eso es: allá ustedes. Podían contar con un hombre para ayudarles, pero si no quieren...

—¡Un hombre! —exclamó despectivamente Lucía—. ¿Usted es un hombre?

Augustus se puso en pie, sonriendo cínicamente, fijos sus ojos en la muchacha.

—Si se fija bien, lo notará, niña. Ya sé que no ha visto muchos como yo, y por eso tiene dudas. Pero fíjese bien en mí, con cuidado... Y usted mismo se responderá si soy o no soy un hombre.

—Todos son iguales. Unos... cerdos que no valen nada...

—¡Lucía! —exclamó su madre.

—¡Déjame! ¡Todos lo mismo, todos iguales! ¡Y ninguno vale nada! ¡Ni siquiera tu Lyman! ¡Si valiese algo, habría matado ya a Lorenzo Cárdenas hace años!

—¡Cállate!

—Déjela gritar, señora —sonrió Augustus—. Es todo lo que puede hacer. Hay mujeres que aman, que sienten algo... Hasta la más tonta. Hay otras que sólo se atreven a gritar. Y yo creo que ésas son menos mujeres que...

¡Plaf!

La bofetada resonó en la salita de las Saldaña, con fuerza, sonorísima. Roberta se puso en pie de un salto, sobresaltada por la violenta reacción de su hija. Augustus, tras recibir el tremendo bofetón, se echó a reír, casi cerrados los ojos tras las largas greñas que caían ante ellos.

—¿Ya ha terminado? —preguntó amablemente.

—Márchese, se lo suplico —murmuró Roberta.

—Enseguida, señora —miró a la muchacha—. Parece que se ha fijado bien en mí, niña. Ya sabe: para lo que guste mandar, por fin ha encontrado un

hombre. Feo y malo, eso sí, pero...

Sonrió de nuevo, se puso el sombrero y salió de la salita. Cuando salió de la casa, se sentía como nuevo, más fuerte, más seguro de sí mismo.

Se había detenido en el porche y de pronto se dio cuenta de que ante él, en la calzada, habían tres jinetes, en las sombras rojas y negras de los últimos segundos del crepúsculo. Los tres peones de la hacienda de Lorenzo Cárdenas.

Augustus Carmichael sonrió anchamente, amablemente.

—¿Van de fiesta? —sonrió.

—Y usted también.

—Ah, sí... Yo comprendo esto. A ustedes... o a don Lorenzo, no le gusta que la viuda Roberta reciba visitas masculinas. No sé por qué, pero todo esto me huele a recochino... Apuesto a que sí, que huele a recochino marrajo... Ustedes son complacientes con el Lorenzo ese, y están pensando que pueden hacerme lo mismo que a Lyman... ¿Sí? Pues bueno, yo tengo otro modo de divertirme, más de mi gusto...

—Habla usted mucho, gringo.

—A veces, sí. A veces, no. Depende. Unas veces hablo y otras disparo. Ya ven: cada cual se divierte a su manera. ¿Comprenden?

—Me parece que usted no ha visto la carabina que le está apuntando, gringo.

—Tengo una vista magnífica. Pero quizá sean ustedes quienes no la tienen.

—Si saca su revólver, Chema lo matará con su carabina.

—A lo peor, sí —sonrió de nuevo Augustus.

Dejó la mano izquierda colgando junto al revólver, los dedos abiertos, suaves, inertes. Ladeó la cabeza y sus ojos fueron de uno a otro de los mejicanos, malignos, burlones, fríos. Estaba contento.

Diez segundos más tarde chascó la lengua, con desagrado.

-Bien, yo tengo prisa, de modo que voy a contar tres y entonces tendremos la fiesta. Allá va: uno, dos, t...

No acabó de decir «tres», porque el mejicano que más había hablado movió las bridas, haciendo apartarse de allí a su caballo. Los otros dos le siguieron enseguida, alejándose. Augustus permaneció todavía en el porche unos segundos. Por fin se volvió hacia el Norte y sus cejas se alzaron cómicamente. Seguro: ya no tenía miedo. ¿Por qué?

Encogió los hombros, bajó del porche, cogió el ronzal de Lucero... Y entonces vio, tras los cristales de una ventana, el rostro de Lucía Saldaña. Ella

le estaba mirando como hipnotizada. Ni siquiera reaccionó cuando Augustus se quitó un instante el sombrero y saludó, inclinando las greñas.

CAPÍTULO VI

Chihuahua le cogió una mano, la llevó a su rostro y se quedó así, quieta. Augustus notaba el fresco rostro juvenil y pensaba que le gustaba sentirlo. También le gustaba ver los pies limpios de la muchacha; eran unos pies pequeños, graciosos. Ella siempre iba descalza, pero las durezas, las costras, no se notaban casi nada.

Abajo, y algo lejos, se veía la hacienda de Lorenzo Cárdenas. Era grande, y tenía unas bonitas tejas rojas, que destacaban de un modo muy agradable en el blanco de las tapias. También, pequeño por la distancia, se veía un patio con un fino color verde. Debía ser debido a las plantas.

Chihuahua le había descrito bien la hacienda de Lorenzo Cárdenas. Ella había estado en todas partes, sin que nadie la molestase demasiado. Todo lo más varias veces la habían echado, riendo y llamándola tonta.

Ésta era otra de las cosas que tenían perplejo a Augustus Carmichael. Muy perplejo. Chihuahua ¿era tonta o no? Seguramente, sí. Pero a él no se lo parecía demasiado. Le parecía que era una muchacha normal, porque hacía siempre lo que quería hacer, y decía o demostraba lo que quería decir o demostrar. Claro que a veces se quedaba mirando a lo lejos, o al cielo, y sonreía como... como una tonta.

Sí. Debía ser tonta.

Se oyó, de pronto, un suave estampido, sordo, lejano. Augustus miró hacia el sitio que había estado vigilando hasta entonces y vio una pequeña columna de humo y polvo, muy lejos, elevándose lentamente hacia el cielo. Se puso en pie de un salto, tirando el cigarrillo a un lado.

—¡Ya está! —exclamó—. ¡Ahora saldrán a ver qué ha pasado allá!

Se volvió hacia la hacienda, achicando los ojos, en un intento por ver mejor.

Y los vio.

Apenas un minuto más tarde vio al grupo de jinetes saliendo a todo galope de la hacienda.

No se veía a nadie en el patio de la hacienda. Se oían algunas gallinas y algunos cerdos, pero eso era todo. No. Estaban las moscas, también.

—Estás muy bonita —sonrió.

—Soy fea.

—Que no, mujer, que no. Anda, vamos a ver si encontramos algún caballo por aquí.

Al fondo estaban las cuadras. Por el olor, aquello sólo podían ser las cuadras. Augustus sonrió alegremente, abrió el medio portón y entró. Cualquiera de aquellos caballos podría servir para...

¿Qué caballos?

—No hay ninguno —musitó—. ¡Chihuahua, no hay ningún caballo aquí dentro! ¡No podremos marcharnos!

—Se los habrán llevado todos para ir a ver lo que pasaba en la cisterna.

—Sí... Sí, claro... ¡Maldita sea!

Se había creído muy listo y resultaba que era más tonto que la misma Chihuahua. Lanzó una gruesa maldición, en inglés, y se volvió hacia la casa, de la cual sólo había visto las puertas con cristales...

—No se muevan.

Delante de una de aquellas puertas había un mejicano viejo, de grandes bigotes blancos, muy caídos. Además, tenía un viejo fusil de chispa en las manos y apuntaba con ella hacia el tejano y la mejicanita.

—¿Es don Lorenzo? —preguntó Gus.

—No.

—¿Quién es?

—Se llama Adelino. Un peón viejo. Trabaja para don Lorenzo.

La puerta de cristales se abrió y una muchacha apareció allí. Llevaba una falda muy bonita, de colorines, y unas trenzas con lacitos en las puntas. Unos lacitos azules. Y luego una blusa blanca, con florecillas en el escotado borde redondo. A lo mejor hasta tenía dieciséis años.

—¿Qué pasa, Adel...?

Se mordió los labios y se quedó mirando a Augustus. También miró a Chihuahua, pero sólo un segundo. O quizá menos. Su atención se centró exclusivamente en el tejano.

—¿Qué desea, señor?

—Dígale a ese tonto que se vaya, que baje el fusil. Si no lo hace, lo voy a matar.

—¿Usted es el americano del pueblo?

—Para servirla —sonrió Augustus.

Fue hacia allá, le quitó el fusil a Adelino de un manotazo y luego se quitó el sombrero, sonriendo.

—Yo me llamó Augustus. ¿Y usted?

—Rosita. ¿Qué... qué quiere?

—Caballos. Los compro y los pago. Eso es todo. Eso no es nada malo, ¿verdad?

—No..., no vendemos caballos, señor...

—¿Usted es la hija de Lorenzo?

—Sí... Sí, señor.

—Bueno, pues yo soy Augustus Carmichael, y quiero dos caballos. ¿Verdad que me entiende? ¿Salió su padre hacia la cisterna?

—Claro que no...

—¿Claro que no? ¿Por qué claro que no? ¿Está en casa?

—No... ¡No, no!

Augustus se pasó una mano por las barbas, pensativo. Luego se volvió hacia Adelino y señaló hacia el interior de la casa.

—Tú, pasa delante. Y usted también, niña Rosita. ¡Adentro!

Era el hombre más gordo que Augustus había visto jamás. Tenía poco pelo, la cara era enorme. Un bigote más grande que el de Adelino. La nariz era gorda, las manos parecían a punto de reventar de tan gordas. Muy pequeños los ojos, eso sí, como si fuesen dos agujeritos oscuros en una pella de grasa. Los brazos, al descubierta, eran rollizos de verdad.

—¿Usted es don Lorenzo? —preguntó el tejano.

—Sí.

—Mire, yo vengo en son de paz. Quiero comprarle un par de caballos.

—No vendo caballos.

—Piénselo mejor, don Lorenzo. Oiga, ¿qué le pasa? ¿Por qué está sentado en esa cosa?

—Es una silla de ruedas —dijo.

—¿Paralítico? ¿No puede andar?

—No, señor.

El tejano se rascó la coronilla.

—Bueno, lo siento, pero así son las cosas. ¿Qué me dice de los caballos, Lorenzo? No mire hacia el patio. Le apuesto a que sus peones tardan todavía bastante en regresar. ¿No sabe que se ha... estropeado su cisterna?

—¿Ha sido usted?

—Pues... sí. Mire, yo no creía que la cosa saliera bien, pero ya ve... Ha explotado. Yo me dije... «Si hago que todos los de la hacienda vayan a la

cisterna, yo puedo ir a la hacienda, cojo dos caballos y me voy lejos, hacia el Sur»... Pero cuando llego aquí resulta que no hay caballos. ¿Dónde los esconde?

Lorenzo Cárdenas sonrió.

—No los escondo. Todos los caballos precisamente están en la cisterna.

—Me lo temía. Demonios, me pregunto qué puedo hacer ahora... Yo creía que era listo, pero... Vaya, parece que he olvidado algún detalle...

—Este rifle, por ejemplo, gringo.

—¿Cuál? ¿El que tiene usted? No se me ponga tonto, Lorenzo... ¿No se ha enterado aún de lo que pasó anoche en el pueblo? Tres de sus vigilantes de la viuda... Por cierto, ¿qué me dice la señora sobre la viuda Roberta?

La mujer gordísima se sonrojó tanto que pareció a punto de estallar en un surtidor rojo. Pero, cosa rara, enseguida palideció. Eso sorprendió mucho a Augustus, que se quedó mirándola, parpadeando, perplejo.

—¿Qué le pasa, señora? ¿No le gusta mi pregunta? Mmm... Usted es la mujer de Lorenzo, ¿no es así?

Ella asintió con la cabeza.

—Demonios, demonios —suspiró Augustus—. Ahora comprendo el interés de Lorenzo por la viuda Roberta. ¿Usted no sabe nada de eso?

—Cállese —siseó Cárdenas—. Cállese o...

Augustus lo miró fríamente.

—¿O qué? ¿Piensa disparar?

El solitario ojo de Lorenzo Cárdenas pareció encenderse en un fuego de ira. Pero tras unos segundos de mirar al tejano bajó el rifle. Augustus fue hacia allá, se lo quitó blandamente de las manos y luego se lo echó sobre un hombro, con la culata hacia atrás.

—Como iba diciendo, don Lorenzo, yo quiero un par de caballos. Ya ve qué poca cosa. ¿Me los vende?

—No.

—¿Prefiere que se los robe?

—Atrévase.

La mirada del tejano quedó fija en el aparador. De pronto, lo señaló con el rifle.

—Chihuahua, mira a ver si tenemos algo para beber ahí. Apuesto a que sí... ¿Qué bebe usted, Lorenzo?

El mejicano tuerto no contestó. Chihuahua fue al aparador, lo abrió, miró el contenido, olió algunas botellas y se volvió hacia Augustus.

—Hay tequila, pulque, vino y ron.

—Tráeme vino. No, no, no... Nada de vasos, trae la botella. ¿Tú no quieres beber nada?

—No.

—Yo, sí. Y mientras tanto, tengo que pensar algo. Eso es: tengo que pensar... Silencio todos.

Cogió la botella que le entregaba Chihuahua y se la llevó a los labios. La mejicanita se sentó en el suelo, junto a los pies del tejano, que tras el primer trago quedó pensativo unos segundos; luego, tras asentir con la cabeza como aprobando sus propios pensamientos, bebió de nuevo.

Miró a Lorenzo Cárdenas.

—Vamos a hacer un trato, Lorenzo —susurró.

—¿Qué trato?

—Hasta podríamos quedar como buenos amigos.

—Yo no creo eso, gringo. Usted está en mi casa, amenazándonos con un revólver. Ha...

—Yo veo las cosas de este modo... Usted está pensando siempre en la viuda Roberta, ¿no es así? ¿Me entiende?

—No. Pero tanto da. Cállese y márchese.

—¿Por qué, hombre? Así, a lo mejor, cualquier día la gorda se muere y usted se trae aquí a la viuda Roberta... ¿No que sí, Lorenzo?

El rostro abotargado de Lorenzo Cárdenas tenía un color extraño, entre amarillo y blanco. Su mujer, no. Su mujer tenía, un clarísimo tono pálido, casi lívido de muerte. Augustus se preguntó si debajo de las grasas la mujer estaría temblando de miedo, de celos, de ira, de impotencia...

—Yo creo que sí —continuó—. A lo mejor hace incluso algún tiempo que usted no ve a la viuda Roberta... Está dispuesto a esperar el tiempo que sea. Pero mientras tanto, como el pensamiento de que la viuda Roberta se vea y se bese con otro hombre le vuelve loco, sus peones, a falta de cosa mejor que hacer...

—¡Cállese! —aulló Lorenzo Cárdenas.

—¿Por qué, hombre?, —repitió Augustus—. Las cosas siempre se saben, más pronto o más tarde. ¿Usted no sabía todo esto, señora Cárdenas?

La mujer gorda se llevó ambas manos al abundantísimo pecho y retrocedió un paso: Rosita corrió junto a ella para sostenerla; pero no habría podido hacerlo de no mediar las propias piernas firmes de la mejicana rolliza. La ayudó a sentarse en un sillón, tan pálida que parecía muerta.

Augustus señaló el aparador.

—Dele un poco de tequila. Ya verá como se recupera niña.

—¡Quiero que se marche! —gritó la muchacha, casi llorando—. ¡Quiero que se marche!

—Estoy empezando a irritarme —murmuró Augustus—. ¿No lo entiende, maldita sea? ¡Quiero dos caballos, sin jaleos, sin peleas! ¡Sin el riesgo de que por conseguirlos me eche a la espalda unos cuantos jinetes que conocen el Llano de los Gigantes mejor que yo, y que me cazarían allí sin remedio! ¡Eso es lo que yo quiero, Lorenzo!

Augustus se pasó una mano por las barbas.

—Voy a darle una última oportunidad, Lorenzo —susurró el tejano—. Los dos sabemos que yo no puedo luchar contra seis hombres, sin caballo, en un terreno que desconozco. No puedo hacerlo... cara a cara. Pero sí puedo hacerlo... a mi manera. Le diré lo que pienso hacer a menos que esta tarde uno solo de sus peones me lleve dos caballos al pueblo. Fíjese bien: uno sólo de sus peones, con dos caballos, a cambio de los cuales le daré el dinero.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta que daba al gran patio con un surtidor en el centro...

—¡Gus!

El grito de Chihuahua le obligó a volverse, saltando a un lado como siempre, por puro instinto.

A pesar de saltar, el cuchillo lanzado por Lorenzo Cárdenas pasó rozando su mejilla izquierda, agitando la espesa barba rubia. Oyó el silbido del acero con escalofriante claridad y luego el golpe contra la pared, el rebote del acero, el sonido contra el suelo al fin...

Augustus se llevó el rifle al lado izquierdo, a la altura de las costillas medias, y empezó a disparar. A cada disparo, Lorenzo Cárdenas gritaba y se estremecía y parecía saltar, girar... La media docena de estampidos se confundieron con los gritos de Rosita y de su madre, que parecían volverse locas ante el asesinato brutal de Cárdenas.

Pero no fue un asesinato. Las balas disparadas por Augustus Carmichael fueron dando en diversas partes de la silla de ruedas, destrozándola en pedazos, haciendo saltar las diversas piezas, los ejes de la rueda, los brazos, el respaldo... Con seis balazos la silla rodante quedó convertida en un montón de maderas y trozos de hierro retorcidos, completamente destrozada para el uso.

-Ya está usted también sin caballo, Lorenzo —deslizó el tejano—. Piénselo bien: ya no le daré otra oportunidad. De un modo u otro, mañana, antes de que amanezca, yo tendré caballos para viajar hacia el Sur. Piénselo... porque yo ya no podré esperar más.

CAPÍTULO VII

Lyman Braden alzó la cabeza, lo miró y continuó golpeando con el martillo, sobre la escarpa que tenía apoyada en la lápida. Augustus se acercó, echó un vistazo a la lápida y encogió los hombros.

—Está bastante clara —admitió—. Y parece que le falta poco.

Lyman no contestó, y él fue hacia una de las ventanas de la funeraria. Miró hacia afuera, hizo un gesto de paciencia y buscó a su alrededor. Vio los dos ataúdes, puso la tapa en el de encima y los arrastró hasta la ventana. Se sentó encima del ataúd que quedaba en alto, sacó la bolsita de tabaco y se volvió hacia Lyman.

—¿Quiere un cigarrillo?

—No.

—Pues... Hombre, no me acordaba: le he comprado unos cigarros a Manuel. Es un tipo casi simpático, ése Manuel. Me mira con un poco de... miedo, me parece. A lo mejor le han contado algo y teme que él vaya a pasarlo mal por mi culpa. Pero le pago bien. Ese granuja, en sólo dos días, ha ganado conmigo más dinero que en un año con todo el pueblo... ¡Je! ¡El muy granuja! ¿Y los otros? Me miran me sonríen y esperan a que los convide a tequila...

—Las acequias se han llenado de agua —dijo de pronto Lyman.

—¿Qué le pasa? —sonrió—. ¿Ha perdido usted algo por eso de las acequias?

—¿Sabe lo que va a ocurrir, Carmichael?

—No. ¿Y usted?

—Yo, sí. Los hombres de don Lorenzo van a armar mucho jaleo. Esa agua no entra en el contrato. Ahora, los mejicanos de aquí van a verse en apuros por culpa suya.

—Pero, hombre, ¿qué dice usted?

—Digo que esa agua no entra en el contrato.

—¿Qué más da? El agua no es mala para la tierra.

—Pero ellos ya tienen su agua racionada. Cuando es el momento oportuno, don Lorenzo suelta el agua y llega adónde ha de llegar. Ahora, todo ha quedado poco menos que inundado, porque la cisterna la ha soltado toda a la vez y...

—¿Eso va a perjudicar a los mejicanos?

—¡Claro que no! Al contrario. Pero si...

—Entonces, no se preocupe —se asomó un poco a la ventana sin cristales—. Oiga, Lyman, ¿está seguro de que la fuente de la placita dio agua alguna vez?

—Seguro.

—Vaya... Pues no lo entiendo. Ahí la tiene, seca como un muerto. Y le prometí a Chihuahua que por ahí saldría agua... ¿De verdad es tonta ella, Lyman?

—No lo sé. Lo que sí sé es que usted no se está portando bien con ella.

—¿Eso cree? ¿Por qué no se lo pregunta a ella misma? Además, eso es cuenta mía... Y de ella. Pero no de usted. ¿No?

Lyman Braden dio un par de martillazos y Augustus fumó del cigarro negro y retorcido, con cautela... Después de los martillazos; Lyman se acercó a la ventana, se quedó junto a Augustus, miró la fuente de la placita...

Cuando se volvió hacia el tejano, su expresión era hosca, fría.

—También lo de Roberta es cuenta mía, y usted ha ido allá, no sé a qué demonios... ¿Qué es lo que está buscando, Carmichael?

—¿Quién le ha dicho que he estado con la viuda Roberta?

—¿Está loco? ¡Todo el pueblo lo sabe! Anoche usted fue allá y estuvo...

—Lo que no sabe todo el pueblo es lo que hablamos allí dentro... ¿Verdad?

—Claro...

—Y usted quiere saberlo, Lyman. Está... dándome las vueltas astutamente para que yo le diga lo que hablamos su viuda y yo. ¿Quiere que se lo diga?

Lyman Braden asintió lentamente, fijos sus oscuros ojos en los azules de Augustus.

—Bien... Estuvimos hablando de usted, de ella y de mí. Me pareció que era una gran jugada por mi parte convencerla a ella de que debía convencerle a usted para que luchase conmigo contra Lorenzo.

—¿Qué dijo ella?

—Dijo que... Bueno, iba a decirle una mentira, pero eso está mal, ¿verdad? Dijo que era usted quien debía decirlo.

—Claro... ¿Qué más dijo?

—Nada más... Ah, sí: dijo que ni le quería a usted, ni...

—Mentira —palideció Lyman—. Eso es mentira, Carmichael.

—Sí, hombre, sí, es mentira. Una broma, demonios... Pero podía ser verdad. ¡Las mujeres son tan raras...! ¿No? Por ejemplo, la hija de la viuda, Lucía...

—¿Qué pasa con ella? —exclamó Lyman.

—Pues... Nada. Nada, hombre, nada... Mucho gritar que si los hombres somos tal y cual y luego cuando el pueblo dormía...

—¿Qué?

—Nada. Es usted muy irritable, Lyman... Casi tanto como yo.

—¿Qué iba a decir de Lucía?

—Ya le digo que nada, hombre. ¿Qué tal si acaba mi lápida? Ya han pasado los dos días y está sin terminar. ¿La acabará hoy?

—Muy pronto. Antes de que anochezca.

—Estupendo. No olvide lo de la tumba, y lo de las madre selvas, ya sabe. No me gustan los lugares feos... A propósito, ¿sabía usted que esta mañana he estado de charla con Lorenzo?

—¿Con Lorenzo Cárdenas? —musitó Lyman.

—Con ése. Qué barbaridad, qué asco de hombre... Su mujer es gorda y redonda como una patata. Una patata muy grande, claro. La hija, Rosita, es bonita. Al hijo no lo conoz...

—Usted está rematadamente loco, Carmichael. ¿A qué fue allí, después de lo de anoche con los tres peones de Cárdenas?

—Fui a comprarle un par de caballos, pero no quiso vendérmelos. Le dije algunas cosas a Lorenzo y se enfadó... Me tiró un cuchillo y lo dejé sin caballo. Hubiese podido matarlo, pero voy a tener paciencia hasta mañana al amanecer. Creo que estoy abusando de mi suerte.

—Sí o entiendo nada de nada...

—Quiero decir que ya debían haber llegado detrás mío.

—Lo otro... Lo otro, Carmichael: eso del cuchillo, de que lo dejó sin caballo... No entiendo nada.

—Es un poco largo de explicar.

—Los dos tenemos mucho tiempo, según parece.

—Es cierto. Oiga, ¿seguro que salía agua de esa fuente de la placita?

—Sí. Pero no es la misma corriente de la cisterna. Ya le dije...

—Sí, ya lo sé, Chihuahua me enseñó esta mañana el lugar... ¡Qué raro que no salga agua! Ella vino aquí, yo fui allí, he tenido tiempo de comer, de

dormir un poco... ¿Sabe lo que debe pasar? Eso es... Que la tierra estaba muy seca y ahora, hasta que salga agua de la fuente, pues ha de pasar algún tiempo, hasta que la tierra se empape y deje pasar libremente el agua hasta aquí. Claro, demonios: eso es lo que pasa. ¿Lo que ha ocurrido en la hacienda de Lorenzo? Pues vea: primero coloqué el barreno que yo mismo hice, en la cisterna. Luego Chihuahua y yo casi reventamos a Lucero para llegar a un buen observatorio...

—¿Por qué ha mezclado en esto a la chica, Carmichael? Cuando usted se vaya, ella lo va a pasar mal con don Lorenzo.

Augustus alzó vivamente la cabeza y se quedó mirando al enterrador.

—¿Qué dice? —musitó.

—No se le había ocurrido pensar en eso, ¿verdad?

—No... —se pasó la lengua por los labios—. No se me había ocurrido... Pero me pregunto ahora si Lorenzo será capaz de tocarle un pelo a Chihuahua sabiendo que es... amiga mía.

—Cuando usted se vaya, ella quedará sola. Piense en eso. Y si usted está lejos, ni Lorenzo ni nadie le tendrá miedo.

—Eso suele pasar, sí... Bueno... Creo que tengo una buena solución. Me la llevaré conmigo.

—¿A Chihuahua? —exclamó Lyman.

—Claro. Ella es bonita, y aunque un poco tonta, podrá ayudarme, porque siempre me dirá, lo que está mal y lo que está bien. Y... Bueno, yo me... me quedé muy solo antes, cuando ella se fue... Es bonita, ¿verdad?

Lyman Braden ladeó la cabeza y miró intensamente a Augustus durante unos segundos; por fin, de pronto, sorprendiendo al tejano, sonrió amablemente.

—Toda belleza, Augustus, depende de los ojos que la miren... Yo también creo que Chihuahua es bonita. Y no demasiado tonta.

Augustus asintió pensativamente, lentamente.

—Después, cuando ya habíamos llegado a la loma, vimos la explosión, tal como yo la había calculado, porque había untado la mecha con aceite y... ¿Por qué me mira así?

—Siga —sonrió Lyman, y parecía un hombre diferente, muy agradable y humano—. Siga, Augustus.

—¿Por qué me llama Augustus ahora?

—Quizá porque he cambiado de opinión respecto a usted.

Esto obligó de nuevo al tejano a pensar.

—¿Quiere decir que le parezco mejor que antes?

—No así exactamente. No se puede ser como uno es tan poco tiempo, después de haber sido de otra manera.

—Atiza... Le juro que no he entendido nada de nada, Lyman.

—Quiero decir que usted es un forajido. Lo se muy bien, conozco el tipo... Seguramente, ha robado algo, o ha matado, y por eso le persiguen. Imagino qué no ha llevado una vida de buena persona, precisamente. Pero a veces, esto es debido a las circunstancias... Es decir, que quizá con un poco más de suerte, usted sería ahora una buena persona. Pero imagino que la vida ha sido dura para usted... ¿No?

—¿Dura? No sé... Corriente, normal...

—Normal de acuerdo a las personas con las que ha vivido y tratado: ladrones, forajidos, jugadores, pistoleros... Eso y un poco de carácter violento por su parte, ha sido el motivo de que durante mucho tiempo, usted haya sido como tenía que ser, no como es en realidad. Estoy seguro de que hay algo bueno en usted.

—¿Ya está borracho, Lyman? —gruñó Augustus.

—Todavía no. Más tarde, porque antes quiero terminar su lápida.

—¿Y luego irá a ver a la viuda?

—No voy demasiado a menudo, porque esas palizas sólo se pueden soportar de quince en quince días. Siga contándome lo que pasó en su visita a Lorenzo —susurró.

—Está bien. Emmm... Bueno, cuando, aquello explotó...

Lyman Braden se quedó mirando incrédulo al tejano.

—¿Y usted cree que Lorenzo va a enviarle dos caballos por medio de un solo peón? ¡No conoce a ese hombre, Augustus!

—Él a mí tampoco.

—Está loco, muchacho... Después de esto, Lorenzo Cárdenas va a hacer todo lo posible por dejarlo hecho pedazos.

—Que lo intente. Por cierto, ¿cómo es posible que a usted lo deje estar vivo todavía, Lyman?

—¿Para qué quiere comprenderme? En cuanto a lo que me ha contado, si yo fuese usted regresaría a Tejas con un caballo cualquiera o a pie.

—¿Y colocarme entre dos fuegos? Gracias. Prefiero esperar a que vengan a buscarme. Quieren matarme, ¿no es así? Pues al menos que se molesten en encontrarme... ¿Sabe qué estoy pensando? Que le debo la vida a la muerte de mi caballo.

—¿Cómo?

—Sí, hombre. Si el bicho no hubiera muerto reventado, yo habría llegado aquí con él.

—¿Por qué no se marcha ahora mismo, Augustas? Todavía está a tiempo.

—No —gruñó el tejano—. Ahora quiero esos dos caballos de Lorenzo. Si no me los trae, la cosa irá muy mal para todos.

—No los traerá —aseguró Lyman.

Se quedaron los dos silenciosos, pensativos.

—Braden... Braden... —musitó Augustus, de pronto—. Lyman Braden... ¡Ahora lo recuerdo! ¡Claro! ¡Ly Braden, el tejano al que llamaban «White Pistol»!

El enterrador dio un paso atrás, lívido.

—¿Qué... qué dice...?

—¡Ly Braden! ¡Naturalmente! ¡Lo llamaban «White Pistol» porque llevaba un revólver de cachas blancas y llevaba unas rayas también blancas pintadas en el cilindro! Estuvo peleando a favor de los ganaderos y contra los ovejeros, en Tejas... Y un día desapareció... Oí decir que había dicho a Stuart Long, su gran amigo, que ya no quería matar más, que aquello era una salvajada y que se iba... ¡Y se vino aquí!

-No... No, no, Augustus, está equivocado...

—¡Qué demonios he de estar equivocado! ¡Usted es Ly Braden, naturalmente que sí! ¡Por todos los...!

Afuera se oyó el galopar de varios caballos, de pronto. La mano zurda de Augustus se movió y el revólver quedó en ella como si en todo momento hubiese estado allí. Se acercó más a la ventana, miró al exterior cautelosamente... y se volvió hacia Lyman, sonriendo secamente.

—¿De modo que Lorenzo no me enviaría los caballos? ¿Y eso que traen ahí que son? ¿Gallinas?

CAPÍTULO VIII

Todavía demudado el rostro, Lyman Braden miró también por la ventana, hacia donde señalaba Augustus con el revólver.

Vio a uno de los peones de Lorenzo Cárdenas a caballo, y llevando otros dos junto a él, sujetos por una cuerda que rodeaba sus cuellos. Estuvo mirándolo hasta que se detuvo delante de la taberna de Manuel.

—Es una trampa, Augustus.

—Sí... Lo estaba pensando yo también. ¿Quiere hacerme un favor, Lyman?

—¿Qué favor?

—Vea a Lucero, delante mismo de nosotros. Salga, recoja mi rifle de la silla y tráigamelo.

El enterrador movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, Augustus.

—¿No?

—No.

—¿Por qué? Sólo le pido que...

—Si es una trampa, y los peones de Lorenzo Cárdenas me ven tocar un arma, me matarán. Roberta lleva demasiado tiempo sufriendo por este temor y sé que si me matasen, la vida habría terminado para ella. No quiero causarle ese dolor, Augustus. Ya está sufriendo demasiado.

—El tejano asintió con la cabeza.

—Está bien... Lo entiendo, Lyman. Bien —le tendió la mano—. Aquí termina todo. Adiós, «White Pistol».

—Adiós, Augustus.

Enfundó el revólver, bajó del porche y se acercó a Lucero. Le quitó la silla, y palpó alegremente las alforjas donde estaban los billetes y bastantes monedas. Sobre todo, billetes, que pesaban poco. Cuando estuviesen lejos, de allí, cambiaría los billetes por moneda y las tiraría todas encima de Chihuahua... ¡Mil monedas de veinte dólares, exactamente!

Estaba a media docena de pasos de los caballos cuando oyó el grito de Chihuahua, como si estuviese muchísimo más lejos...

—¡Gus...!

Dejó caer la silla y se volvió, sacando el revólver. Por un instante, vio a Chihuahua corriendo hacia él. Detrás de ella, pero algo lejos aún, un jinete que llevaba varios caballos junto a él, sin jinete. Algo empezó a funcionar en la mente de Augustus Carmichael... Algo que le iba llevando a la conclusión de que algo no estaba saliendo como él quería. Algo que...

Los gritos desesperados de Chihuahua se confundieron con el trallazo de un látigo, casi detrás del tejano. La sólida tira de piel de vaca se enroscó, silbando como una serpiente, en el antebrazo izquierdo del gringo, abrasándole la piel y, la carne como si fuese un hierro al rojo. Luego, el violento tirón, que junto con el intenso dolor, bastó para que la pistola escapase de sus dedos y cayese en el polvo, lejos de él...

Se puso en pie de un salto, buscando frenéticamente el revólver...

Un lazo de cáñamo pasó sobre sus hombros, la cuerda se tensó, y el tejano cayó de nuevo de espaldas, maldiciendo con todas sus fuerzas. Desde el suelo, vio a los mejicanos, en el porche de la taberna de Manuel... La comprensión de la verdad casi le hizo más daño que el latigazo; habían llegado a pie, por detrás de la taberna, y se habían quedado allí. Luego llegó el peón que traía los caballos, los dejó, se fue, y era el que ahora regresaba con los caballos de todos...

Quiso levantarse, pero el mejicano que sujetaba el lazo dio un tirón y lo derribó de nuevo. Se oyeron algunas risas. Otro de los mejicanos bajó a la calzada y recogió el revólver del tejano, mientras un tercero se apoderaba de la silla... ¡con las alforjas que contenían veinte mil dólares!

—¡Gus...! ¡GUUUUSSSS...!

Volvió la cabeza hacia la punta de la calle. Chihuahua llegaba corriendo desesperadamente, pero el peón que llevaba todos los caballos la estaba alcanzando fácilmente para derribarla... Se oyeron más risas... Y un nuevo tirón de la soga derribo otra vez al tejano. Habían cinco hombres rodeándolo y luego el que llegaba a caballo llevando otros tres. Uno de los mejicanos era muy joven, casi un niño, pero su rostro era el más furioso de todos. Los demás pensaban divertirse, pero él sentía un odio feroz... Tenía que ser el niño Panchito, el hijo de Lorenzo Cárdenas... Claro.

—¡Matadlo!

—¡Todavía no! —gritó el niño Panchito.

Augustus empezó a reír. Estaba como loco, recibiendo golpes por todas partes. Consiguió golpear con el látigo dos veces más, una de ellas en el estómago de Juanjo y la otra sobre la mejilla izquierda de Chema, derribándolo... Pero le quitaron el látigo y comprendieron que era mejor no acercarse a él...

De modo que se encontró solo en la placita, dando trompicones, girando, lleno de polvo y de sangre, rotas las ropas... Un latigazo en el pecho casi lo derribó... Ya casi no veía nada. Tan sólo un mundo negro que se oscurecía rápidamente... Ni siquiera supo que había caído de rodillas y que estaba perdiendo lentamente el conocimiento. Quedó de rodillas sobre el polvo, meciéndose, resistiéndose a caer.

—¡Ya basta! —oyó, muy lejos, muy lejos—. ¡Ya no le peguen más!

Era una voz fina, aguda, crispada... Unas manos le dieron la vuelta, lo alzaron un poco y su cabeza descansó en un lugar suave, amable, cálido...

—Augustus —oyó el gemido—... Augustus...

—¿E-eres tú, Chi... Chihuahua...?

Abrió los ojos. Nadie le había contestado y él no veía bien... Estaba todo turbio, todo negro, todo rojo... Poco a poco, le pareció a él la claridad de imágenes volvió.

—Apártese de él, señorita Lucía... Tenemos que matarlo.

—¡No! —oyó la voz de Lucía Saldaña—. ¡No lo matarán! ¡Déjenlo ya, no le peguen más! ¿Qué más quieren hacerle...? ¿Por qué? ¡Déjenlo!

Claro... Era Lucía la que estaba allí. Le había colocado la cabeza en su regazo y se estaba encarando con los mejicanos que querían matarlo.

—Es mejor que se aparte de él, niña Lucía —dijo una voz, más persuasiva que la primera.

—¡No! ¡Cobardes mil veces, cobardes, cobardes! ¡Anoche no se reían tanto, cuando él los acobardó! ¡Cobardes! ¡Si quieren disparar ya pueden hacerlo! ¡No me moveré de aquí!

Uno de ellos le apuntó con el rifle, pero otro, el más viejo de todos, le contuvo. Luego habló con el niño Panchito, gesticulando mucho... El niño Panchito decía que no, brillantes los ojos de odio, pero el mejicano de más edad, sin duda el caporal de la hacienda, parecía que lo iba a convencer. Claro... El cochino tenía que quedar bien con el amo de verdad, el maldito Lorenzo...: No podía arriesgarse a matar a la hija de la viuda Roberta...

Sí, Pedro, el caporal, convenció, a niño Panchito.

—No perdemos nada, niño Panchito —decía—. Lo vamos a dejar, sin pistola y sin caballos. Lo dejamos aquí y volveremos a por él. Así nos

divertiremos más.

—¿Y si escapa?

—¿A pie? Bueno, que lo haga... Lo perseguiremos con los caballos y aún será más divertido.

Lyman Braden pareció reaccionar, por fin. Parecía que hubiese estado como muerto aquellos pocos minutos, apenas dos. Bajó a la calzada y se acercó a Lucía Saldaña y Augustus.

Lyman se acuclilló junto a Augustus y se quedó mirándolo, en silencio. Por entre la barba, las rubias greñas, la sangre y el polvo, destacaban, azules y fríos, los ojos del tejano...

—Váyase —dijo lentamente Lucía—. ¡Márchese de aquí, cobarde!

—Te ayudaré a...

—¡No! ¡Ya nadie necesita su ayuda, aquí! ¡Cobarde! ¡Es usted más cobarde que todos ellos juntos! ¡Más cobarde que ese repugnante don Lorenzo!

—Lucía, por favor...

—¡Por favor! —rió nerviosamente la muchacha.— ¡Por favor! ¡No quiero verlo más! ¿Me oye? Prefiero mil veces a don Lorenzo, por asqueroso que sea. Al menos, él lucha por lo que quiere. ¿Ha luchado usted? ¿Ha hecho algo por ayudar de verdad a mi madre?

—La amo, Lucía, tú lo sabes.

—¡La ama! ¿Qué sabe usted lo que es amar? No es más que un borracho cobarde...

—Calla. No hables así...

—¡Ese monstruo gordo y tuerto, ese ser horrible! Usted me pareció como... como un sueño, con su revólver, su rostro amable, sus buenos modales... Pero ese monstruo pelea por lo que desea y usted no es más que un cobarde. ¡Borracho! ¡Cobarde!

—Tenemos que llevarlo a algún sitio donde...

—¡Yo lo llevaré! ¡Suéltelo!

Augustus notaba el suelo firme bajo sus pies y lo veía todo con gran claridad.

Se desprendió de la ayuda de Lucía y Lyman de un brusco manotazo y quedó tambaleándose, como a punto de caer. Pero no cayó.

—Suéltense los dos —siseó roncamente—. ¡Váyanse todos al demonio!

—Augustus.

—¡Largo de aquí!

Volvió a tambalearse. Su mirada volvió hacia Chihuahua y sus pies iniciaron el primer paso. Fue bastante firme, suficiente para convencerlo de que podría caminar. Y lo hizo, hacia la mejicanita desvanecida. Se dejó caer de rodillas a su lado, y estuvo unos segundos contemplando el pálido rostro.

—Chihuahua —musitó—. Chihuahua, ¿estás bien?

Ella no contestó y Augustus la empujó suavemente, dándole la vuelta de modo que quedó cara al cielo. La cogió en brazos y se puso en pie, muy despacio, dando la impresión de que iba a rodar por el suelo de un momento a otro.

Pero no.

No cayó. Quedó erguido, con la muchacha en los brazos. Aspiró profundamente y luego empezó a caminar, siempre despacio, hacia la salida sur del pueblo. Lyman y Lucia le siguieron, como esperando que de un momento a otro el tejano rodaría por el suelo. Pero no fue así, y pudo llegar al jacal cuya parte trasera había reconstruido parcialmente la propia Chihuahua para que Augustus no tuviera frío por la noche. La dejó sobre el montón de paja y se quedó mirándola, arrodillado junto a ella.

—Gus...

El tejano se quedó mirando los ojos de Chihuahua, sonriendo.

—Estoy aquí, pequeña.

Chihuahua dejó de parpadear, por fin, y sus ojos quedaron fijos en el rostro del tejano. Alzó una mano y la pasó, sin tocarla, por encima de la honda cicatriz roja que el látigo había dejado en el rostro de Augustus Carmichael.

—¿Te duele, Gus?

—Sí. ¿Y a ti?

—Sí... Aquí —se tocó el vientre—. ¿Estás bien, Gus?

—Sí. Estoy bien.

—¿No te han matado?

—Eres tonta, Chihuahua... ¿No ves que estoy vivo?

—Sí, Gus.

—Ahora iré a matarlos, ya verás... Ellos creen que han terminado conmigo, o a lo mejor quieren pegarme más y pegarte a ti. Pero ya verás cómo van a enterarse de quién es. Augustus Carmichael. Los voy a matar a todos, Chihuahua. Se han llevado mis armas y nuestro dinero, pero no importa, porque los mataré a todos y volveremos a tener el dinero y las armas, y muchos caballos, para marcharnos de aquí...

—¿Me llevarás contigo, Gus?

—Claro.

—¿Siempre?

—Sí, siempre... ¿Estás bien?

—Sí.

El tejano la dejó en la paja y se quedó mirándola, fruncido el ceño.

—Ahora tú te vas a quedar aquí, sin moverte. No quiero que vuelvas a intervenir en mis peleas, ¿lo entiendes? De modo que vas a quedarte aquí, esperándome. ¿Sí?

—No. Iré contigo, Gus.

—¡No vendrás conmigo! ¡No quiero tener que preocuparme de una tonta como tú durante la pelea! ¡Quiero que te quedes aquí, sin moverte, y que me esperes! ¡Yo haré lo demás!

—Yo quiero ayudarte.

—Chihuahua, voy a romperte la cabeza si no haces lo que te digo... Y digo que vas a quedarte aquí. ¿Está claro?

—Sí, Gus.

-Así me gusta. Yo volveré pronto...

—¿Vas a alguna parte, Gus? —dijo una bronca voz desconocida.

CAPÍTULO IX

Había sido un tonto.

Un tonto mucho mayor que Chihuahua. Mil veces más tonto que la mejicanita de los grandes ojos negros y brillantes. Veinte mil veces más tonto... ¿Por qué demonios había tenido él que detenerse en aquel cochino pueblo? ¿Por qué había confiado tanto en su suerte? ¡Tantos y tantos días pensando en aquellos hombres que, por fuerza, tenían que estar persiguiéndolo y, al fin, los olvidaba, se dejaba llevar por otros acontecimientos qué a él le importaban maldita la cosa!

Y llegaban cuando ni siquiera se acordaba de ellos por primera vez en muchos días. Entonces, ellos llegaban. En el peor momento, cuándo estaba destrozado, cansado, sin armas, sin el dinero...

Se volvió hacia la entrada sin puerta, despacio, y se quedó mirando a los tres hombres que habían allí. Sucios, llenos de polvo, tan barbudos como él mismo. Dos de ellos, recostados en el trozo de pared y el tercero en el centro, de pie, con la mano derecha cerca del revólver.

—Hola, Kelly —musitó Augustus.

—Hola, hombre... ¿Qué tal?

—Ya ves...

—Bueno, bueno, bueno... Yo diría que no estás muy bien, ¿eh? ¿Es verdad que te han quitado el revólver?

—Sí. Y el dinero, Kelly.

—¿De veras? Malo, malo... ¿Por qué no vuelves a sentarte y así podremos charlar tranquilamente?

Augustus iba a decir algo, pero detrás de él oyó dos suaves cri-cric... Volvió la cabeza y por encima del medio muro de adobes, vio otros dos rostros barbudos y junto a ellos sendos revólveres que le apuntaban. Allí estaban los otros dos, claro... ¿Acaso podía haber esperado otra cosa?

—Parece que estás en apuros, muchacho... Es malo que te hayan quitado el revólver..., ¡pero el dinero...! Eso es mucho más malo, Gus.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó temblorosamente Lucía, que no entendía nada—. ¿Qué quieren de Augustus?

El llamado Kelly la miró, sonrió y dijo:

—Cállese.

Lyman tomó del brazo a Lucía.

—Nosotros nos iremos y así ustedes.

El revólver apareció en la mano de Kelly.

—Ustedes van a quedarse aquí, amigo. Me imagino que tiene algo que ver con Gus, de modo que se queda —entornó los ojos—. Sí, eso es... Apuesto a que usted ayudó a nuestro querido Gus a largarse con el dinero. ¿Verdad, Gus?

—No. Déjalos marchar. Ellos tres no tienen nada que ver conmigo, Kelly, de modo que pueden marcharse. Vete con ellos, Chihuahua.

—Nadie se va a ir de aquí —dijo secamente Kelly—. No, al menos, hasta que nosotros tengamos el dinero.

—Me lo han quitado, ya lo sabes.

—Sí... Algo me han dicho esos hombres de ahí fuera... No sé qué de una pelea, que te han quitado la silla, el rifle, el revólver, que te han dado una buena paliza... ¿Ves? Eso sí ha estado bien, Gus.

Augustus encogió los hombros.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿No piensas pelear?

—No.

—No puedo creerlo... ¿Qué tal si te damos un revólver? ¿Eh? ¿Qué tal? Te damos un revólver y te dejamos salir de aquí...

—No quiero cansarme, Kelly. Ya sé que eres más rápido que yo, de modo que prefiero morir sin cansarme, eso es.

—Pero, hombre, eso no es propio de ti... Un tipo que cabalga sin descanso, que sigue luego a pie, y que ha tenido las agallas de llevarse veinte mil dólares que no son solamente suyos, no puede morir así... ¿No lo comprendes? Haremos...

—¡Lucía!

Kelly se volvió rápidamente hacia donde había sonado la voz de Roberta Saldaña; la cual apareció junto a él, mirando a todos lados, inquieta, hasta que vio a Lucía, juntó al demudado Lyman Braden. Enseguida, su mirada fue de uno a otro de aquellos cinco desconocidos, dos de los cuales asomaban sus cabezas y sus revólveres por encima de la media pared.

—No has debido venir, Roberta —musitó Lyman.

—Usted se calla —dijo Kelly, risueño—. ¿Por qué no tenía que venir ella, eh? ¿Por qué no? Y vamos a ver, ¿quién es usted?

—El enterrador de Boquillas.

—¡El enterrador! ¡Ésta es buena! —rió Kelly—. ¿Qué os parece, muchachos? ¡Hasta vamos a tener enterrador y todo! ¡Y nosotros que habíamos pensado dejar a Gus para que se lo comiesen los cuervos...!

Los cuatro hombres rieron, divertidos.

—¿Y ellas? ¿Quiénes son ellas?

—La señora Saldaña y su hija —dijo Lyman—. Le aseguro que no tienen nada que ver en esto, Kelly.

—Oiga, es usted muy educado, ¿eh? Por favor... Dígame una cosa, enterrador: si nadie tiene nada que ver con Gus..., ¿qué es lo que hacen todos ustedes aquí, con él? ¿Eh? ¿Qué están haciendo con este cochino?

—Nosotros no sabemos nada de sus cosas; ni de ese dinero de que está hablando...

—No se esfuerce, Lyman —dijo Augustus—. Está perdiendo el tiempo, porque Kelly no le hará el menor caso.

—Eso es hablar, Gus —rió Kelly—. Parece que conoces bien a esta gente, de modo que dime quiénes son.

—Él es el enterrador, ya te lo ha dicho. Y ellas dos son la señora Saldaña, viuda, y su hija. Viven, los tres en Boquillas y los he conocido por casualidad.

—Bien... ¡Muy bien! ¿Y... eso que tienes ahí contigo?

—Es mi novia.

—Bien. Quedamos en que unos mejicanos te han robado el dinero... ¿Sabes hacia dónde se dirigían? ¿Tenían algo que ver contigo?

—Estaban enfadados porque maltraté a su patrón. Fui a comprarle un par de caballos para continuar huyendo de vosotros, y no me los quiso vender. Lo amenace y lo trate un poco mal, lo dejé como un cochino delante su mujer.

—Fuiste a comprarle un par de caballos —murmuró Kelly—. Eso quiere decir, supongo, que debe tener un rancho por aquí cerca.

—Sí. Seguramente están todos allí ahora. Y el dinero también.

—Entiendo... ¿Cuántos son?

—No sé... Muchos. Peones, caballistas...

—Me refiero a gente que pueda pelear.

—Seis. Pero uno de ellos es muy joven. Los demás no tienen revólveres... Al menos yo no los he visto. Quizá tengan alguno. Pero sí tienen rifles. Y seis buenos caballos. El dueño de la hacienda se llama Lorenzo Cárdenas y es un mejicano gordo que está paralítico. En realidad, sólo tendréis seis hombres

que os puedan plantar cara... Podéis acabar con ellos en un minuto. La hacienda está a un par de millas del pueblo, hacia el Sur, siguiendo el camino que sale del final de la calle y pasa por delante del cementerio.

Kelly Arnold se quedó mirando a Gus Carmichael con rápido parpadeo.

—Vaya... Estás muy comunicativo, ¿no, Gus?

—Me gustaría que los mataseis a todos. Eso me ahorraría un trabajo, Kelly.

—Entiendo... Ellos te han puesto así, ¿no es eso?

—Sí.

—Y ya que vamos a matarte, al menos quieres que esa gente se lleve un buen disgusto.

—Sí.

—¿No nos estás engañando, Gus?

—Claro que no.

Kelly quedó serio, pensativo, acariciándose la barba.

—Bien... ¿Vive en el pueblo esta señora Saldaña?

—Sí.

—¿Crees que tiene comida para nosotros?

—Supongo que sí.

—Bueno. Vas a decirle, ya que tú hablas mejor que nosotros el español, que iremos...

Lyman dio un paso al frente.

—Oiga, Kelly, si quiere comida yo...

El pistolero se volvió furiosamente hacia el enterrador y le golpeó en la frente con el cañón del revólver, de revés, tirándolo sobre la paja, junto a Augustus. Roberta fue inmediatamente hacia él, gimiendo, asustada, pero Kelly la apartó rudamente de allí, tirándola contra su hija. Luego cogió a Lyman por el cuello de la vieja chaqueta, lo puso en pie de un tirón y lo empujó junto a las dos mujeres.

—Así aprenderá a callar, enterrador. Y ahora, usted mismo, dígame a estas mujeres que queremos comer. De manera que vamos a salir todos de aquí, iremos a esa casa o lo que sea, y comeremos. ¡En marcha!

—¿Y yo? —preguntó Gus.

—Tú también. Y tu novia. Venga, moveros.

Mientras se dirigían hacia la casa de Roberta Saldaña, Augustus miraba los cinco buenos caballos llenos de polvo que espantaban las moscas con nervioso movimiento de rabo, amarrados a un poste de un porche. Era natural que lo encontrasen, que lo alcanzaran... Tenía que haberse marchado de allí,

como fuese. ¿Por qué demonios se había detenido en el maldito pueblo llamado Boquillas? ¿Por qué?

* * *

—Te diré lo que vamos a hacer Gus —Kelly fue señalando a sus amigos —. Fred, Wilson, Steve y yo vamos a ir a por el dinero. Joe va a quedarse con vosotros, para vigilaros. Volveremos con el dinero, cogeremos algo de comida y nos volveremos a Tejas. Esto, suponiendo que no nos hayas engañado. Si es así, volveremos también y entonces todo irá muy mal para todos... ¿Tienes algo que decir?

—No.

—Bien. Si nos has dicho la verdad, cuando volvamos te daremos la satisfacción, antes de matarte, de decirte que los mejicanos que te han zurrado han pasado a mejor vida. Pero si nos han mentido, nos entretendremos un poco contigo y con los demás. Especialmente con tu novia. ¿Me comprendes, verdad?

—No te he mentado, Kelly.

—Será mejor para todos vosotros. Venga, vámonos. Mucho cuidado con ellos, Joe. Especialmente con Gus. Ya sabes que es un chico con muchas sorpresas. No te descuides.

—Tranquilo, Kelly: si se mueve, lo mato.

-Eso es.

Kelly, Fred Rogers, Steve Parrott y Wilson Brown, salieron de la casa. Casi enseguida se oyó el galope de varios caballos, alejándose por la punta sur de la calle.

CAPÍTULO X

Pocos minutos después, Lyman Braden llamó la atención de Joe Spencer, moviendo una mano. Inmediatamente, el enterrador quedó apuntado por el revólver del forajido.

—Sólo quería pedirle que deje sentar a las mujeres —dijo Lyman.

—Está bien. Pero no me ponga nervioso haciendo cosas raras.

Lyman llevó a Roberta hacia el sofá y se sentaron los dos juntos. Lucía se sentó en la otra punta. Estaba pálida, y toda su atención parecía dirigirse hacia Augustus y Chihuahua, que permanecían juntos, de pie. Augustus tenía un brazo encima de los hombros de la mejicana tonta, y ella se apoyaba en él, tranquila, como si no temiese nada.

—Tú también, Gus: siéntate.

El tejano asintió sombríamente. Señaló un sillón a Chihuahua, y él se sentó en el otro, delante de ella, a diez o doce pies.

De pronto, Lyman Braden preguntó:

—Me equivoqué, Augustus.

—¿En qué?

—Estos hombres no son comisarios, ni rurales.

—No. No lo son.

Joe Spencer soltó una risita y continuó comiendo torta de maíz. Si charlaban, al menos se distraería un poco durante la espera.

—Creí que lo perseguía la Ley, Augustus.

—También, también...

—¿Qué pasó, exactamente?

—Robamos un Banco, en Tejas.

—¿Y usted escapó con el dinero de todos?

—Así fue.

—¿Cree que valía la pena, Augustus?

—¿El qué?

—Robar el dinero.

—Oiga, ¿qué demonios quiere? ¡Déjeme en paz! Y no me venga con el cuento de que si soy bueno o no sé qué cosas que se inventó antes... Ya ve lo que soy, ¿no? ¡Pues cállese!

Lyman Braden se calló. Al cabo de unos segundos, Roberta musitó:

—¿Qué van a hacer con nosotros, Lyman?

—Nada. No te preocupes.

—¿Nada? —rió sarcástico Augustus—. ¿Por qué tiene que engañarla, Lyman? Ya verá cuando regresen Kelly y los otros...

—Cobarde —siseó de pronto Lucía—. ¡Cobarde y cien veces cobarde!

—Calla, Lucía, por Dios —suplicó Roberta.

—¿Por qué he de callar? Si éste... este hombre —miraba ahora furiosa a Lyman— lo hubiese sido de verdad, ahora no nos estaría pasando esto. Toda la culpa es de él... Si hubiese sido un hombre desde un principio, nada estaría pasando. Augustus habría podido tener un caballo apenas llegar a Boquillas, yo no habría... sido tan insensata, y... y...

—¿Qué quieres decir?

—¡Nada! ¡NADA! ¡No quiero decir nada! ¡Toda la vida aquí, como prisionera, sin movernos del pueblo, sin salir para nada de él, sin viajar, sin amigos...! Ya estábamos mal antes de venir Lyman, pero luego fue peor, porque ese horrible, ese... monstruoso don Lorenzo...

—Calla... Calla, te lo suplico, Lucía.

—¡No quiero callar! ¡Cuándo Lyman vino todo fue peor, porque se enamoró de ti complicándolo todo! Ya estábamos mal por culpa de ese hombre odioso y repugnante, pero cuando llegó Lyman y empezó a verte, él envió a sus peones, le golpearon... Y así día tras día, mes tras mes, año tras año... Sin poder ni siquiera salir de la casa más de lo indispensable, por este... maldito pueblo lleno de moscas y cobardes. Por culpa de un loco tuerto y paralítico...

—Lucía, hija...

—Y este... este cobarde —señaló con un dedo tembloroso a Lyman Braden—. ¡Este maldito cobarde aguantándolo todo, sabiendo que el monstruo sólo esperaba la ocasión de llevarte con él! Si no era capaz de defenderte, ¿por qué se quedó aquí? Él podía haberlo arreglado todo, con su revólver... Cuando llegó era más joven, más fuerte, y parecía un pistolero valiente y arrogante... Estoy segura de que pronto le dijiste lo que ocurría con Lorenzo Cárdenas, y él, en lugar de ir a pedirle explicaciones, dejó que lo golpeasen, que lo insultasen...

—Lo hizo por ti, hija.

—¿Por mí? ¿Por mí? Pero... ¿qué dices? ¡Yo he estado siempre encerrada contigo, quemándome sola aquí dentro, muerta de hastío, de ansias de vivir, de ansias de todo...! ¡No he tenido hada! ¿Qué es lo que él ha hecho por mí? ¡Nada! Pero podía haberlo hecho... Sí, podía haberlo hecho, por ti y por mí... ¡Podía haber matado hace cinco años a Lorenzo Cárdenas! ¡Pudo hacerlo! ¿Y sabes por qué no lo hizo? ¡Porque es un cob...!

—Porque es tu padre.

—¡Es un...! ¿Mi padre? ¿Quién es mi padre?

—Lorenzo Cárdenas.

Lucía Saldaña quedó inmóvil, inexpresiva, como atontada por un golpe cuya fuerza terrible todavía no podía comprender.

—Hace... hace tiempo que quería decírtelo, Lucia —tembló la voz de Roberta—. Pero no me atrevía...

—Pero Dios mío, no entiendo... Mamá, no comprendo...

—Pero... No... No, no... Claro que no... ¡NO!

Roberta Saldaña inclinó la cabeza y no contestó. Lucía estuvo unos segundos mirándola, todavía entre atónita e incrédula. Luego miró a Lyman, que sostuvo serenamente su mirada.

—No, ¿verdad? —musitó la muchacha.

Pareció que Lyman Braden ni siquiera la hubiese oído. Continuó mirándola fijamente, pero eso fue todo. Roberta alzó la cabeza.

—Debí decírtelo hace tiempo, Lucía... Creo que habría sido mucho mejor para todos.

—Ése... ese hombre no... no puede ser mi padre... ¡El hombre más repugnante del mundo no puede ser mi padre! —chilló la muchacha—. ¡No es posible que yo haya estado insultando y despreciando a Lyman y... y... y que ahora resulte que soy la hija... de... de...!

—De un hombre que es mucho peor que Lyman, hija.

—Dios... Dios mío, mamá, no... Pero... ¡no comprendo! Si él es mi padre, y tú eres viuda...

—No soy viuda. Nunca estuve casada. Por eso llevas mi apellido. ¿Nunca pensaste en eso? Cuando sea mayor se dará cuenta, me decía yo...

—Pe-pero... Pero...

—Hace veinte años, Lorenzo Cárdenas me humilló. Yo escapé, lejos de aquí, y él, poco después, se casó con Chelo, la que ahora es su mujer. Cuando... cuando supe que él se había casado, volví a Boquillas, porque aquí lo tenía todo... Volví contigo, que tenías ya tres años. Creía... Estaba convencida de que Lorenzo no me molestaría, ya que estaba casado. Un día se

presentó aquí y me dijo... me dijo que me amaba, pero que se había casado con Chelo porque ella tenía una rica hacienda y él sería el dueño muy pronto. Me dijo que aunque estuviese casado no importaba nada y que vendría a visitarme muchos días. Yo le dije que..., que me había casado lejos de aquí y él te vio... Le dije que estaba esperando a mi marido, que pronto vendría a Boquillas... Un día supe que había tenido un accidente, que había caído del caballo... Estaba aterrada, no sabía qué hacer. Cuando se corrió la voz de que Lorenzo Cárdenas había quedado inválido de las dos piernas, casi lloré de alegría. Recogí todas nuestras cosas y de nuevo quise marcharme... Fue la primera vez que los peones de Lorenzo me trajeron ellos solos a casa. Al menos, no lo vi a él... Me di por vencida, porque al menos, y mientras Chelo, la mujer, de Lorenzo, estuviese viva sabía que él no podría molestarme, que no lo vería nunca...

—Pero nadie..., ¿nadie te ayudó, mamá?

—No. Hacían ver que no sabían nada... Lorenzo era muy poderoso: Y ahora aún lo es más, con esto del agua.

Lucía miró con ojos desorbitados a Lyman Braden.

—¿Usted... sabía esto?

—Sí.

—Cuando Lyman llegó a Boquillas —explicó Roberta—, yo estaba en el porche, y lo vi, y él a mí. Siguió calle adelante, volviéndose en el caballo... Un día me salió al encuentro, en la calle, y yo... Yo me había enamorado de él apenas verlo, y le escuché, me acompañó... Nos vimos varios días... La única solución era matar a Lorenzo. Pero Lyman pensó que tú podrías odiarle algún día si sabías que él había matado a tu padre de verdad, a tu auténtico padre. Por eso, y para evitar que lo matasen a él, se quitó el revólver. Y por eso, por ti, por no matar a tu padre, él y yo llevamos cinco años esperando algo, algún... milagro, tan encerrados como tú misma, tan tristes... Y si nos vemos de cuando en cuando Lyman y yo, casi siempre es a costa de una paliza que él recibe... ¿Crees que no habría podido matar a Lorenzo? —sonrió tristemente.

Cuando Roberta Saldaña se calló, el silencio pareció caer sobre todos de un modo casi tangible.

—Usted es tonto, Lyman —dijo de pronto Augustus—. Si me hubiera explicado eso antes, esta mañana le habría quitado de enmedio a Lorenzo.

Lucía lo miró, sobresaltada. Se lo merecía. Sabía que ella se merecía aquello, lo otro, y todo.

Lyman Braden desvió la mirada hacia la ventana. Estuvo mirando hacia allí, pero sin ver... hasta que, poco a poco, su ceño se fue frunciendo, fija la mirada en la ventana.

—Parece que hay fuego lejos de aquí... Se ve un resplandor...

Joe Spencer se acercó a la ventana y echó un rápido vistazo. Luego soltó una risita.

—Buena señal —aseguró—. Eso quiere decir que Kelly ha conseguido lo que quería. Pronto lo tendremos aquí.

La verdad fue comprendida por todos, incluso por Chihuahua, cuyos ojos quedaron fijos en aquel lejano resplandor que se iba intensificando.

—Mamá...

—Dime, hija.

—¿Cuántos... cuántos años tenías cuando... cuando Lorenzo...? Quiero decir cuando nació yo...

—Iba a cumplir diecisiete años.

—¿Quieres otra moneda, Chihuahua? —preguntó de pronto Augustus.

—Sí, Gus.

—Mira, te daré dos, y así...

—¡Quieto, Gus! —gruñó Spencer—. Te queda poca vida, así que aprovéchala... sin moverte.

—Sólo iba a darle unas monedas a ella, Joe.

Las mostró en la palma de la mano, tras meterlo y sacarla lentamente en un bolsillo de la cazadora.

—No las necesita para nada.

—Maldito seas —farfulló el tejano—. ¿Qué te importa a ti que la chica tenga unos cuantos dólares cuando yo muera? Kelly debe estar ya a mitad de camino, con veinte mil dólares... ¿También queréis estos cuarenta? Así revientes, puerco.

—No te lo tomes así, hombre —rió Spencer—. Al fin y al cabo eres más puerco tú que nosotros.

—¿Puedo darle las monedas o no?

—No. Tíralas hacia mí por el suelo, despacito. Y luego te vas a estar con las manos quietas, ¿de acuerdo? ¡Venga, tíralas! Y cuidado...

Saltó como Spencer cuando los dedos de éste se estaban cerrando sobre la segunda moneda. Spencer la vio enseguida, pero también vio a Gus Carmichael tensarse en el primer impulso del salto y supo quién era más peligroso de los dos...

Disparó contra el tejano cuando éste ya estaba saltando y cuando el cuerpecillo de Chihuahua chocaba contra él y las sucias y pequeñas manos iban hacia sus ojos, como sorprendentes garras diminutas, sin uñas... La bala disparada por Spencer acertó a Augustus en el muslo derecho.

Pero una bala en una pierna no era suficiente para detener al sucio gigante de las rubias greñas, que cayó sobre Spencer como una fiera hambrienta sobre su presa.

—¡Lo tengo, Augustus! —gritó—. ¡Ya tengo el revólver!

Pero el tejano ni siquiera le oía. Su mano derecha estaba cerrándose más y más en la garganta de Joe Spencer, que gemía bajo él, entre sus rodillas, incapaz de vencer aquella fuerza increíble, acrecentada por la furia.

—¡Basta! —ordenó Lyman—. ¡Basta, Augustus!

El tejano alzó la cabeza, de pronto, y miró a Lyman, mientras su mano continuaba apretando como una tenaza colocada rígidamente en aquella posición.

—Déjalo... Ya no es peligroso, tengo el revólver...

Augustus parpadeó. Soltó el cuello de Spencer, de pronto. Se oyó un ronquido extraño, y el cuerpo del forajido se relajó de pronto.

—Está muerto —musitó—. Kelly no tardará en llegar —susurró—. Pueden estar seguros de que ese incendio es la hacienda de Lorenzo Cárdenas y que nadie ha quedado con vida allí. Lo conozco muy bien...

—¿Por eso quiso separarse de él y los otros?

—No... No sé... Quería marcharme con el dinero, eso es todo... ¿Está tratando de decir algo, Lyman? —frunció de pronto el ceño.— No... No, no...

—Pues hagamos algo, y pronto. Kelly vendrá aquí enseguida, a por comida y a matarme. Debe haber un rifle en la silla del caballo de Joe... Ve a buscarlo, Chihuahua.

La mejicanita salió a toda prisa de la casa, y Augustus se quedó mirando el revólver que empuñaba Lyman.

—Bien... ¿Se queda con el revólver o con el rifle, Lyman?

—¿Qué prefiere usted?

—Siempre el revólver.

—Curioso tipo, ¿eh? —gruñó.

Chihuahua entraba en aquel momento, con el rifle, que tendió a Gus, el cual movió negativamente la cabeza.

—Es para ti, Chihuahua. No dejes que nadie se te acerque... Ni te dejes ver. ¿Sabes manejarlo?

—Sí, Gus.

—Toma. A ver cómo lo harías.

—Apretar el gatillo...

La bala pasó silbando a menos de cinco pulgadas de la oreja derecha de Augustus Carmichael y se llevó por delante los cristales de la ventana. El estampido retumbó en toda la pieza y a continuación los gritos de espanto de las Saldañas. El tejano se quedó inmóvil, blanco como la leche, de punta los pelos de la barba.

Todavía estaba así cuando Lyman Braden entró corriendo en la salita, revólver en mano, mirando a todos lados.

—¿Qué...?

Augustus lo miró, pero ya Lyman había comprendido. Enfundó el revólver y se acercó a la ventana, sombrío. El tejano volvió a su atención a la mejicanita, que estaba más pálida y asustada que él.

Pero Augustus volvió a sonreír.

—Muy bien —aprobó—. Ya has disparado una vez. ¿Qué debes hacer ahora para poder volver a disparar? ¿Lo sabes?

Ella asintió con la cabeza.

—Pues hazlo.

Chihuahua bajó y subió la palanca del Winchester y la cápsula vacía saltó del depósito. Augustus alzó vivamente una mano.

—¡Alto! —gritó—. Eso es... Alto. ¿Lo has comprendido ya?

—Sí, Gus.

—Buenoooo... Ahora verás lo que vamos a hacer: os vais a poner las tres en aquel rincón, con el sofá delante de vosotros. Tú vigilarás, con el rifle listo para disparar. Vigilarás esa puerta y la ventana. ¿Sí? —ella asintió con la cabeza—. Muy bien, pues en cuánto veas que alguien asoma por uno de esos dos sitios, le disparas. Sin miedo. ¿Qué harías después de disparar, a toda prisa? ¡Dilo, no lo hagas!

—Bajar y subir la palanca.

—¿Y luego?

—Disparar.

—¿Y luego?

—Bajar y subir la palanca.

—¿Y luego?

—Disparar.

—Vale. Haced lo que os he dicho. Nosotros estaremos fuera.

Se puso en pie y empezó a acercarse a la ventana, cojeando.

—¿No... no sería mejor que ustedes se quedasen dentro también?

Se volvió y miró sardónicamente a Lucía.

—¿Cómo va eso, «White Pistol»? —rió.

—No me moleste más, Augustus. Salgamos a pelear.

—Con gusto —se volvió—. Y tú, Chihuahua, no te muevas de ahí pase lo que pase. ¿Entiendes?

-Sí, Gus.

ESTE ES EL FINAL

Augustus señaló hacia la fuente de la placita.

—Buen lugar para estar protegido y dominar toda la calle, Lyman. ¿No le parece?

—Es bueno, sí. Iré...

—Yo iré. Prefiero que usted se quede cerca de la casa, por si Kelly tiene una de sus buenas ideas. Ah, no asome la cabeza por la ventana o la puerta sin decir antes quién es o se llevará un susto. Eso, con suerte. Sin suerte no se llevará nada, porque los muertos no sufren.

—¿Cree que vendrán?

—Si no han oído el disparo del rifle, sí. Si lo han oído, ya deben estar galopando hacia Tejas. O hacia cualquier sitio. Les importa lo mismo que a mí lo que le haya ocurrido a Joe. Se irán con el dinero, y eso será todo. Hasta luego.

—Le ayudaré a llegar a la fuente...

—Váyase al demonio.

Luego, Lyman se sentó en una esquina de la casa, en la sombra, mirando a todos lados. Aquél parecía de verdad un pueblo fantasma...

Tenían que esperar.

Apenas diez minutos más tarde, Lyman se sobresaltó cuando oyó el impacto junto a él, en la pared de la casa. La piedra le dio en el pecho, al rebote.

Miró hacia la fuente y vio la silueta de Augustus, moviéndose.

—¿Qué hay? —susurró.

—Vienen.

—¡Joe! —se oyó la voz de Kelly—. Joe, ¿estás ahí?

Sentado en el bajo petril de la fuente y oculto por ésta, Augustus Carmichael sonrió cruelmente. Sabía lo que iba a hacer Kelly inmediatamente dar media vuelta a su caballo y largarse de allí, esquivando una situación que no conocía bien. Eso es lo que iba a hacer, pero no contaba con él, con Augustus Carmichael.

Asomó un instante por un lado de la fuente, gritando:

—¡Joe está en el infierno, Kelly! ¡Ve con él!

Apretó el gatillo y se escondió rápidamente. No tanto, sin embargo, que no pudiera ver a Kelly Arnold alzando los brazos y saltar de la silla como arrancado violentamente. También oyó su grito y se echó a reír, con su característico «je, je, je»... Uno menos.

A la luz de la luna, vio a Steve Parrot, chillando, dando vueltas como un bailarín... Alzó el revólver, disparó..., y Steve Parrot pareció tropezar con una montaña: saltó hacia atrás, en trágica pirueta, y cayó de espaldas en el polvo, que se alzó en pequeña nube de un extraño color negro plateado...

Y al mismo tiempo, una bala rebotaba con agudo tañido delante de su rostro, llenándose de pequeñas esquirlas de adobe que parecieron puntas de alfiler al rojo vivo. Lanzó un grito de rabia, volvió a asomarse y disparó, al mismo tiempo que Lyman Braden y contra el mismo hombre, que saltaba en aquel momento hacia la sombra absoluta de la pared de una casa.

—¡Lyman! —gritó—. ¡Tenga cuidado! ¡Deben haber cogido los rifles! ¡Lyman! ¿Está bien?

Se encogió junto a la fuente, abriendo el cilindro del revólver y buscando con dedos nerviosos las presillas del cinto. Estaba colocando la primera bala cuando oyó el grito en la placita, con toda claridad:

—¡Gus! ¡Gus!

El tejano se sintió como helado, agarrotado. Pero sólo un instante. Se dejó caer hacia atrás y rodó hacia el otro lado de la fuente, para quedar delante de la casa de las Saldaña.

—¡No! —gritó—. ¡Chihuahua, no...!

Pero ella estaba corriendo ya hacia él, llamándole, con el rifle en alto. Augustus empezó a maldecirse por haber gritado cuando, total, una bala le había rozado la espalda... Pero su mente se nubló, todos sus pensamientos, ideas e impresiones desaparecieron cuando Chihuahua dejó de correr y cayó de rodillas, llevándose las manos al pecho... Augustus Carmichael no oyó el disparo de rifle, pero sí la débil voz de la mejicanita:

—Gus... Gus, Gus...

—¡No, Augustus, no...!

Pero la advertencia de Lyman Braden llegó tarde, cuando ya Augustus se había puesto de pie, dispuesto a correr junto a Chihuahua. Y por eso, al ponerse en pie, recibió el balazo en pleno pecho. Un tremendo balazo de rifle, que lo hizo girar como si tuviese los pies clavados en una plataforma circular giratoria fija en el suelo. Se encontró delante de la fuente otra vez y cayó de

bruces en ella... Alzó la cabeza y entonces, de un modo extraño, como si Wilson estuviese iluminado, lo vio, tirado en el suelo junto a aquella casa, recargando el rifle. Alzó el revólver, despacio, temblorosamente, y apretó el gatillo. Habían más de cincuenta yardas, pero sabía que no podía fallar.

Lo sabía.

—Chihua... hua, la... la fuente... ¡La fuente! ¡Ya sale el... el agua...!

Notó un brazo junto a él... ¿O una mano? Alguien quiso apartarlo de allí, pero se desasíó, volviendo furiosamente la cabeza, porque aquella mano, él lo sabía, no era la de Chihuahua, su novia. Como de muy lejos, llegó la voz de Lyman Braden, apagada:

—Venga, Augustus... Todo ha terminado. Está herido...

—¡Chihuahua! —gritó el tejano—. ¡Ven a ver la fuente...! ¡Ven a ver la fuenteee...!

Aquella mano insistía en sujetarlo. Alzó la mano y apretó el gatillo para quitarse aquella molestia de junto a él. Pero no ocurrió nada. Se miró la mano y la vio vacía.

—Venga, Augustus. Lo vamos a curar.

Dio otro tirón y se encontró solo, delante de la fuente. El chorro era muy bonito y como las lágrimas de Chihuahua, recogía algunas estrellas. Todas, no, porque eso sólo podían conseguirlo las lágrimas de Chihuahua... Pero sí algunas estrellas... Algunas.

Todo giró alrededor de Augustus Carmichael, todo se tornó de un profundo color negro... Luego, un instante de claridad... ¿Por qué tenía la cara cerca del polvo? ¿Por qué?

La vio de pronto, también en el suelo, mirándolo con aquellos ojos tan grandes, tan llenos de estrellas. Ella tendía las manos hacia él y luego las clavaba en la tierra, para apoyarse allí y tirar, para arrastrarse...

—Gus...

—La fuente, Chihuahua... ¡Ya tiene agua! Te... te lo prometí, y siempre... siempre cumplo lo... lo... ¿La ves?

—Sí... Sí, Gus.

Espera... Yo voy ahí... Espera...

Creyó que caminaba hacia ella, pero los dedos le dolían al clavarlos también en la tierra. Le pareció que había tardado años en llegar hasta Chihuahua y crisar su manó en la de ella.

—Yo... yo he traído esta agua... para ti... Te lo dije... ¿Recuerdas?

—Sí, Gus... ¿Estás bien, Gus?

—Muy bien, sí... ¿Y tú...?

—También estoy bien..., pero me parece que voy a morirme, Gus...

—No seas... tonta... ¿Por qué tienes que morirme?

Augustus consiguió abrazarla y la sentó junto a él, con la cabeza en su pecho.

-Creo... que soy más tonto que tú, porque nunca recuerdo... las cosas... Ni sé si están bien... o mal... Pero tú me lo dirás, pequeña. Tú me lo dirás... Y cuando me digas algo, nos reiremos los dos... Y estaremos siempre cabalgando bajo el sol, con amapolas y con... con tierra que queme bajo nuestros pies...

La apartó y miró sus ojos. Los tenía abiertos, sí. Pero las estrellas parecían ir apagándose dentro de ellos. ¡Qué cosa tan rara! ¿Por qué se apagaban las estrellas?

Cuando Augustus Carmichael dejó de hablar, el silencio fue tan intenso, tan espantosamente triste, que el alegre rumor del agua de la fuente de la placita le parecieron a Lyman Braden como golpes estruendosos en el pecho.

Se quedó junto a los dos cadáveres, mirándolos, tan frío, tan pálido, tan estremecido de algo que no podía explicar, que por un momento estuvo seguro de que él también iba a morir. No supo el tiempo que estuvo allí inmóvil, contemplando los dos rostros juntos. Chihuahua tenía los ojos abiertos, pero Augustus los había cerrado, lentamente, muy tranquilo, despacio...

Pero, realmente, había muerto en la violencia...

— oOo —